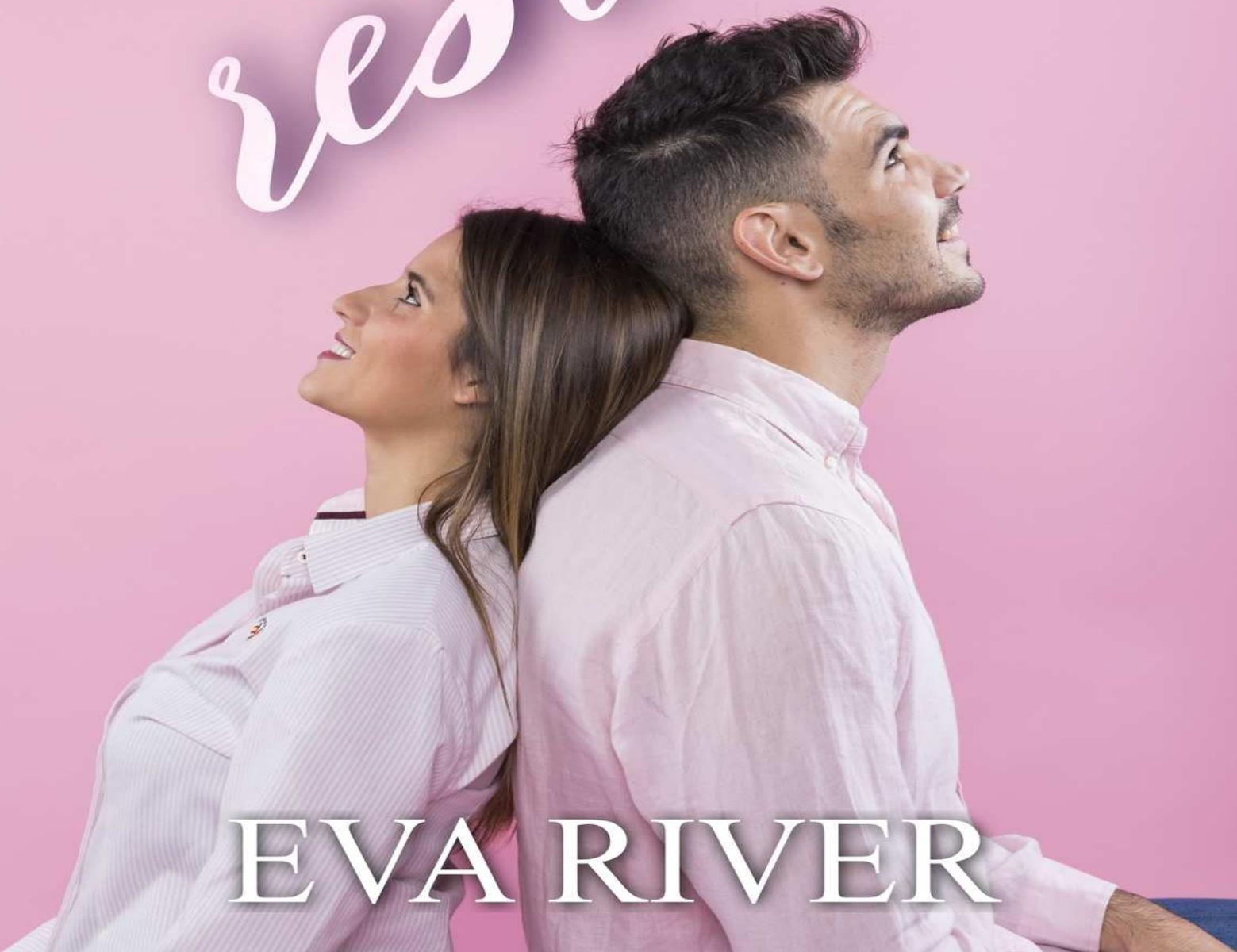


RELATO

aunque
te
resistas



EVA RIVER

Aunque te resistas

EVA RIVER

© Eva River, 2019

Imagen de portada by Freepik

Diseño de portada by Eva River.

Todos los derechos reservados.

Tabla de contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[Contacto de la autora](#)

1

Sam dio un respingo cuando sintió que un hombre tocaba su trasero. Esperaba que eso no hubiera sido intencional. Dio un paso más entre la multitud y entonces sintió que algo se clavaba en su espalda, se volteó y al hacerlo se encontró con una mujer negra que llevaba una bolsa enorme.

Maldita sea, viajar en autobús era como meterse directamente al infierno. Continuó su camino y conforme más se alejaba del chofer peor se sentía. ¿acaso nadie había notado que estaba embarazada? Joder, si tenía una barriga de nueve meses, no es como si tal cosa pudiera pasar desapercibida. Se suponía que estaba haciendo eso para demostrar al mundo que aún existían personas buenas, sin embargo, comenzaba a replanteárselo.

Fue entonces cuando el autobús arrancó y de verdad se alarmó. El condenado vehículo parecía aumentar de temperatura a cada segundo y era como si la gente se multiplicase. ¿Por qué el conductor seguía subiendo personas si estaba claro que ya no cabía ni un alma? Miró su barriga y por primera vez en ese día se sintió embarazada de verdad... quizá hubiera sido mejor disfrazarse de anciana.

—Toma mi asiento —le dijo un niño mientras llamaba su atención dándole un toque en el brazo.

Sam le calculó unos once años. Era pelirrojo y tenía la nariz cubierta de pequeñas pecas cobrizas. Ella le sonrió aliviada y tomó el asiento. Dios mío, aún había esperanza en el mundo. ¡Lo sabía!

—Gracias —contestó.

Con un suspiro se hundió en el asiento y se frotó la enorme barriga. Poco le faltó para gemir. Llevaba horas cargando ese peso extra y su espalda no dejaba de recordárselo ni por un segundo.

¿Cómo demonios soportaban eso por nueve meses? Ella ni siquiera estaba segura de sobrevivir un día.

—¿Para cuándo nace el bebé? —preguntó la mujer mayor a su lado.

—Oh, pronto. Muy pronto —dijo Sam.

Más pronto de lo que esa señora pensaba. En la última parada del autobús. Sam estaba lista para regresar al estudio. Tenía las imágenes que necesitaba, gracias a la pequeña cámara oculta que llevaba en su bolso. Ahora solo haría falta que agregara una breve entrevista y todo estaría listo.

El autobús se detuvo frente al nuevo WalMart de la ciudad y antes de que el chofer siquiera abriera la puerta, la gente se lanzó con impaciencia hacia ella. Sam decidió esperar a que la mayoría de las personas salieran y luego con dificultad lo hizo ella. Aguzó la mirada buscando al chico pelirrojo que le había cedido su asiento. Justó cuando lo vio sintió un retortijón. Joder, definitivamente según lo vivido ese día el embarazo no sería algo que le fuera a recomendar a nadie. Lo único que deseaba era deshacerse de ese vientre que había tomado prestado del programa de parto del hospital y ponerse sus pantalones bonitos, ajustados y sexys.

Se frotó el vientre falso otra vez y caminó hacia el chico. Otro retortijón. Frunció el ceño. La madre que la parió, acaso ¿estaba sintiendo dolores de parto psicósomáticos? Encima de todas las incomodidades que había tenido que pasar, ahora su subconsciente la estaba traicionando.

Un fuerte dolor la hizo estremecerse. «Síntomas psicósomáticos», se dijo. Tenía que ser eso. Tan pronto como se deshiciera de esa enorme barriga se sentiría como nueva.

—Hey, pelirrojo —llamó al chico.

El pequeño se giró hacia ella y con preocupación en sus ojos marrones preguntó:

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo quería saber si me darías tu consentimiento para ser entrevistado.

De repente la preocupación del chico fue reemplazada por la sospecha.

—¿Para qué?

—Soy Sam Reynolds del Noticiero Saint Louis. —Bajó la voz cuando vio que él se quedaba boquiabierto y clavaba los ojos en su vientre—. Estoy haciendo una... investigación. Mmm realmente no estoy embarazada. Es para un episodio de “Nuestra gente” y me gustaría que estuvieras allí. ¿Te importa si te hago algunas preguntas?

—¿Por qué yo?

—Me ofreciste tu asiento. Puede que parezca una tontería, pero déjame decirte que después de llevar esta barriga todo el día es algo de agradecer y mucho. Eres un pequeño caballero.

—No fue nada —insistió.

—Fue mucho. Eres amable y me gustaría que la gente sepa que todavía hay personas que lo son. Entonces, ¿te importaría responder algunas preguntas?

Sin parecer demasiado seguro asintió.

—Está bien... —Miró alrededor un poco nervioso—. Supongo.

Sam abrió su bolso y sacó su cámara. La mayoría de sus informes requerían de un camarógrafo, pero no siempre era fácil conseguir uno. Los segmentos de “Nuestra gente” no eran exactamente noticias terribles, sino breves historias que el noticiero estaba usando en su campaña de promoción “Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias también importan”.

A Saint Louis, una pequeña ciudad de Virginia, le gustaba imaginarse a sí misma como un lugar pequeño con un corazón enorme. A pesar de que el centro cada vez estaba más lleno de centros comerciales y grandes edificios, aún podías ir a hacer la compra y encontrarte con alguien conocido que te preguntara por tu familia. El trabajo de Sam con sus segmentos de “Nuestra gente” era capturar el corazón de esa ciudad, su esencia, su gente.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó al niño.

—Greg.

—Greg, me cediste tu asiento en el autobús. ¿Por qué?

—Porque lo necesitabas. —Sus ojos se estrecharon—. Pero no fue así realmente, ¿verdad?

—No, en realidad no. Pero aun así fue agradable que lo hicieras. —Para tranquilizarlo cambió a algunas preguntas fáciles—: ¿A qué escuela vas?

—Preparatoria Monte Cristo.

Ella asintió y continuó con el resto de las preguntas, aunque solo una pequeña parte saldría al aire. Pasaría parte de la tarde editando el trabajo.

—Bueno, gracias de nuevo, Greg —finalizó ella—. Me pondré en contacto con tu madre para asegurarme de que está bien transmitir esta historia. Pero me imagino que estará tan orgullosa de ti como yo y querrá que el mundo sepa lo fantástico que eres.

El niño se encogió de hombros y sin agregar nada más entró al WalMart.

Sam estaba agradecida de que todo hubiera terminado. Su auto estaba al otro lado del estacionamiento. En lugar de caminar por la acera, tomó el camino más directo en diagonal a través del estacionamiento, solo quería llegar a casa y salir de esa pesadilla. Los dolores cada vez eran más fuertes, le había costado lo suyo sonreírle a Greg y no dejar la entrevista a medias.

Se ajustó la chaqueta y dio un paso al frente. Hacía frío, la nieve no debía estar muy lejos. Sin embargo, a finales de octubre era un poco temprano y Sam esperaba que eso sucediera al menos hasta noviembre.

Otra punzada de dolor la golpeó y se dobló por la cintura. De pronto sintió que su corazón se aceleraba, eso que estaba sintiendo no podía ser un dolor psicósomático. Algo andaba mal.

El dolor disminuyó ligeramente y consiguió erguirse de nuevo, sin embargo, se sentía demasiado débil como para llegar al coche. Una gota de sudor le bajó por la espalda. Joder, algo estaba pasando y no tenía ni idea. Gimió cuando sintió el dolor otra vez, mucho más fuerte que antes, tanto que la hizo caer de rodillas en medio del lugar. Iba a morir en un estacionamiento con un vientre falso. Dios santo, algo así no podía sucederle. ¡Era la Señorita Positiva del noticiero más importante de la ciudad!

—¿Hay algún problema, señora? —preguntó una voz masculina tras ella.

Sam levantó la mirada para poder ver al hombre, pero lo único que encontró fue el flequillo de la peluca roja que se había puesto, apartarlo le pareció demasiado esfuerzo. Al hacerlo se encontró con un hombre pecaminosamente sexy de pelo oscuro. Un hombre al que conocía. Ahogó un gemido. No solo iba a morir, sino que lo haría a los pies de Tom Parker.

Una nueva oleada de dolor la sacudió.

—Necesito ir a un hospital —jadeó ella con un hilillo de voz.

Lo que fuera que le estuviera causando ese dolor no iba a desaparecer. Todo lo contrario, empeoraba a cada momento. Pensó en hacerle saber a Tom quién era, pero el dolor no la dejaba ni hablar y por alguna razón su cuerpo se estaba quedando sin fuerzas para nada.

—No te preocupes. Tengo mi taxi justo aquí. El hospital está cerca, llegaremos pronto. —Se llevó una mano a la cabeza y buscó el taxi como si de pronto hubiera olvidado dónde lo había dejado—. Solo te pido que por favor no vayas a tener el bebé en el asiento trasero —terminó con la voz nerviosa.

Él no la había reconocido. La peluca roja y el vientre obviamente eran un disfraz mejor de lo que había imaginado. Sam quería preguntarle qué hacía conduciendo un taxi. Quería explicarle que no estaba embarazada, por lo que no tendría un bebé en el asiento. Pero no podía hacer que las palabras salieran de su boca.

El dolor se intensificó y ella soltó una maldición cuando él la llevó hasta el taxi y la dejó en el asiento trasero.

—Solo aguanta —le dijo.

Sam dio un manotazo al asiento delantero para aliviar un poco la sensación que tenía en el cuerpo.

—¡Solo apresúrate, necesito un hospital yaaa!

2

Tom Parker echó un vistazo a la pelirroja que iba retorciéndose de dolor en la parte trasera del taxi que había pedido prestado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella gimió como respuesta.

«Qué pregunta tan estúpida», pensó. Por supuesto que no estaba bien. Estaba a punto de tener un bebé, por el amor de Dios. Sacudió la cabeza. El solo hecho de pensar que tal cosa podía suceder frente a sus propios ojos lo ponía a temblar.

—No te preocupes —agregó—. Estaremos en el hospital en unos minutos.

Tom no debía ser un verdadero taxista para conducir como uno. Entraba y salía del atareado tráfico de fin de semana como un experto, sin embargo, sentía que estaba tardando demasiado. ¿Desde cuándo había tantos coches en la ciudad?

—¿Estás bien allí? —continuó con su monólogo.

Ella gimió de nuevo.

Eso era justo todo lo que no necesitaba: una mujer que tuviera un bebé en el asiento trasero de su taxi prestado. Había visto suficientes de esas recreaciones médicas en la televisión como para saber que tener un bebé era un asunto complicado. Si ella daba a luz en el taxi, tendría que pagar la limpieza de todo. Luis podría ser un amigo lo suficiente bueno como para dejarlo pasar un día jugando al taxista, pero Tom dudaba que se sintiera muy amigable si encontraba la parte trasera de su taxi llena de sangre o lo que fuera que dejara un nacimiento.

—Sólo espere, señora. Estamos cerca...

Ella gimió de nuevo.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Llegar al hospital. ¡Rápido! —jadeó ella.

—¿Rápido? Pues eso es justo lo que hago. Más rápido y ambos

estaremos muertos. ¿Sabe que ya no llaman a esto Calle Flores? No, la llaman Calle Embotellamiento, especialmente los fines de semana.

El tráfico estaba parado, así que tocó la bocina con desesperación como si esa fuera la clave mágica que conseguiría que el tráfico se moviera. Sin embargo, a pesar de que no resultaba, lo hacía sentir un poco mejor.

—Primero, fue el centro comercial del centro —explicó— y ahora todos esas plazas y almacenes, esta ciudad ya no es lo que era. No importa cuánto expandan la calle, simplemente no pueden con las demandas del tráfico. Es genial para la economía local, pero frustrante para los conductores.

Tom, el hombre conocido por ser tacaño con las palabras, estaba parloteando como el que más. Toda una novedad, el no parloteaba, a la gente le gustaba decir que más bien gruñía de vez en cuando.

Un gemido largo y fuerte resonó por todo el taxi.

La miró con desconfianza y al ver su rostro empapado en sudor y su mano sujetando su prominente vientre decidió que ese era el peor día de su vida. Como no sabía qué hacer y el tráfico no avanzaba, comenzó de nuevo a hablar, ansioso por llenar el taxi con cualquier otro sonido que no fuera los gemidos de la mujer.

—Antes hubiéramos llegado al hospital en cinco o diez minutos, máximo. Pero ahora, tienes demasiada suerte si lo consigues en quince minutos, mucho menos un fin de semana. Pero lo conseguiremos, le prometo que llegaremos a tiempo. ¿Vale?

Otro gemido.

Tom, a quien le gustaba pensar que era un hombre calmado, fresco y sereno, comenzó a sudar. Desesperadamente trató de pensar en otra cosa que decir, pero su cerebro no dejaba de pensar en un bebé naciendo frente a sus propios ojos.

El tráfico comenzó a moverse de nuevo y Tom avanzó con un suspiro de alivio, buscando una buena oportunidad para moverse a un carril más rápido.

—No es muy conversadora, ¿verdad? —Esta vez el gemido fue suyo al darse cuenta de lo que había dicho—. Perdón, qué tontería. Normalmente no digo cosas tan tontas. En realidad, normalmente no digo mucho. La gente dice que dejo que mi pluma hable y tienen razón. Me gusta que sea así. Cuando escribo realmente puedo pensar en lo que voy a decir y no hago el ridículo como lo estoy haciendo ahora. No es que se dé cuenta, ¿eh?

Otro gemido.

—¿Vio ese coche verde? —Puso los ojos en blanco para sí mismo—. Por

supuesto que no. Se coló. ¿Por qué no estoy sorprendido?

Un nuevo gemido.

Hablar de autos no parecía estar ayudando. Tal vez ella quería hablar de bebés.

—La esposa de mi jefe acaba de tener un hijo. Afirma que es algo agradable, pero no lo sé... —Le echó un vistazo—. Cuando lo vi, simplemente lloró. Quiero decir, ¿qué tiene de bueno eso?

—Los bebés son agradables —gruñó ella, luego volvió a gemir.

El esfuerzo de hablar la dejó jadeando.

Él la había molestado. La gente molesta era la especialidad de Tom, pero esta vez deseaba no ser tan bueno en eso.

—Tal vez lo sean... —Intentó pensar en algo reconfortante y añadió—: Estoy seguro de que tu bebé lo será. Sin embargo, la mayoría de los que he conocido no han sido tan buenos. —Se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa—. Quiero decir, hacen mucho ruido. Todo el tiempo. Luego crecen y aunque parezca increíble se vuelven aún más molestos... Es de lo más curioso que los adultos ahorren toda su vida para que sean sus hijos los que se gasten ese dinero...

Miró por el espejo retrovisor. El largo cabello rojo de la dama había caído hacia adelante, escondiéndole la cara, pero él no necesitaba verla para saber que no se sentía bien. Y si eso era así, entonces el bebé debía estar en camino.

—Espera, por favor. Mira, ahí está el hospital. Una vez que cambie la luz roja estaremos allí. Puedes aguantar ese tiempo, ¿verdad?

—Lo intentaré —dijo ella en voz baja, puntuando la declaración con otro gemido.

—Esa es mi chica. Simplemente ve y ten a ese bebé en el hospital, no en este taxi.

—Yo no voy a...

—Te aseguro que no te gustará tenerlo aquí, si lo haces no cuentas conmigo. Sospecho que me desmayaría y no es bueno que eso suceda si soy quien conduce, ¿cierto?

Giró en la acera y pasó volando junto a los coches.

—Esto es lo que recibo por seguir un impulso —dijo, más para sí mismo que para ella—. Debería haberte dejado en el estacionamiento. Alguien podría haber llamado a una ambulancia. En cambio, me involucré en esto...

El gemido de ella fue casi imperceptible. ¿Eso significaba que el niño

estaba a punto de salir?

—No tendrás a ese bebé en este taxi, no cuando estamos a metros del hospital. Cruza las piernas si es necesario, pero no tengas a ese niño en mi taxi. —Tragó con dificultad, empezaba a sentirse mareado—. Oh, por Dios. Por favor, no.

Ella no dijo nada. Ni siquiera gimió, por lo que Tom miró hacia atrás. Estaba desplomada contra el asiento. Los ojos se le quedaron abiertos como platos.

—¿Señora? —El silencio fue su única respuesta—. Ya estamos entrando al hospital. Ahí está el letrero de la sala de emergencias. Solo aguante un minuto más.

¿Y si se moría? A veces esas cosas se complicaban. Se maldijo por ser tan pesimista. Tocó la bocina con rotundidad hasta que vio cómo se acercaba una enfermera, luego salió del taxi de un salto y corrió hasta la puerta donde estaba la mujer.

—No puede estacionarse aquí, señor —dijo la enfermera.

—Esta mujer está a punto de tener un bebé... Creo que algo anda mal. Perdió la consciencia. Estaba haciendo ruido, gimiendo y chillando, pero ahora no lo está. Eso no puede ser bueno, ¿verdad?

Suavemente la deslizó fuera del asiento trasero tomándola en sus brazos. Incluso con su enorme bolso descansando sobre ella, la mujer era una carga terriblemente liviana. Pesar tan poco no podría ser bueno para ella o para el bebé.

Tuvo el impulso de apartar el largo cabello rojo de su cara y mirar bien a la mujer que acababa de rescatar, sin embargo, cayó en sí.

¿Que estaba haciendo?

Por qué se preguntaba cómo se vería o por qué se preocupaba por su peso. Era absurdo. No le importaba nada de esa mujer, la había salvado y listo. Su trabajo estaba hecho.

Rápidamente, como si tuviera un caso de piojos infantiles, la entregó al enfermero que se acercaba con una camilla de hospital.

—Es toda tuya ahora —le dijo.

Esa era una carga de la que Tom estaba contento de deshacerse. Cerró de golpe la puerta trasera del taxi y caminó hacia el lado del conductor.

—Oye, no puedes dejarla —dijo la enfermera—. Tienes papeles por firmar.

—No la conozco, no es mi problema, ahora es el de ustedes.

Necesitaba recordar eso. Esa mujer no era su problema. Ni siquiera sabía por qué se involucraba si quiera. Alguien más habría llamado a una ambulancia o la habría llevado al hospital, no tenía que haber sido él. No era como si estuvieran en un lugar aislado o algo así. No había lugar más ocupado en Saint Louis que los centros comerciales.

Se subió al taxi y cerró la puerta. ¿En qué había estado pensando, interpretando al héroe con una mujer embarazada?

Suspiró con resignación, ya se había acabado. No volvería a hacer algo tan estúpido nunca más.

Miró por encima del hombro y vio cómo desaparecía la camilla con la mujer. Tener un bebé era ciertamente más doloroso de lo que había imaginado, no es que se pasara el tiempo imaginando eso, pero alguna que otra vez le había pasado por la mente.

Encendió el taxi rápidamente, lo mejor era que saliera de ahí cuanto antes, no quería que alguien descubriera quién era.

¿Un héroe? No. Él no era el tipo que rescataba damiselas en apuros, su estilo más bien era angustiarlas.

Tom Parker cruzó Calle Flores y trató de sacar a la mujer embarazada de su cabeza. Demostrándose a sí mismo que no estaba preocupado por ella. Se sentía más como él mismo cuando se enzarzaba en una discusión llena de insultos con otros conductores.

Sí, cualquiera que hubiera sido ese breve lapso de bondad que había tenido, ya estaba superado. Tom Parker había vuelto a ser él mismo. Un cabrón.

Aunque más tarde llamó al hospital y se alegró al enterarse que la señora estaba bien. Y luego había pasado a una floristería local para enviarle algunas flores, aunque, por supuesto, se había decidido por las margaritas porque eran las más baratas, no porque fueran las más alegres de todas las que había visto minuciosamente, preguntándose qué tipo de flores le gustaban a ella.

El hospital no había revelado el nombre de la mujer, así que simplemente se lo dirigió a «la mujer embarazada que llegó en taxi». No firmó la tarjeta, por lo que nadie sabría que había tenido su segunda aberración a su carácter en un solo día.

Esa historia concluiría ahí. Lo había superado ahora. Estaba viva y estaba bien. Genial. Punto. No iba a gastar más tiempo ni pensamientos con esa pelirroja. Los canallas solo se preocupaban de sí mismos.

3

Lentamente, Sam recobró la consciencia. Sabía que era Sam Reynolds, al menos. O tal vez solo lo sabía porque alguien la había llamado así para recordárselo. Deseaba que se callaran y la dejaran descansar, tenía mucho sueño y dolor de cabeza.

La voz que la atormentaba se hizo más insistente.

—Sam Reynolds, abre los ojos para mí.

Quería gritarle que no quería abrir los ojos para nadie, pero no podía encontrar energía para hablar. La voz siguió llamándola hasta que finalmente pareció más fácil rendirse y abrir los ojos. La luz era cegadora, lo que hizo que su cabeza sintiera unas punzadas de dolor todavía más fuertes. Cuando consiguió acostumbrarse a la luz se encontró con una cara femenina muy risueña.

La conciencia trajo consigo un agudo dolor en su vientre. Mientras miraba a la mujer alegre y sonriente, Sam quería borrar su risita y...

Cortó ese pensamiento. Solo debía respirar profundo. Ella era una mujer positiva. Incluso en esos momentos no dejaría que la invadieran pensamientos negativos y desagradables. Señorita Positiva, así la llamaba la gente. Le gustaba su apodo.

Golpear a la mujer invasora de su sueño no era positivo en absoluto. Para compensar el pensamiento hosco, trató de concentrarse en lo que estaba diciendo la mujer.

—Bien. Qué bueno que ya despertaste, nos estabas preocupando un poco.

No solo era invasora, sino que su voz chillona le provocaba más dolor de cabeza. Aunque Sam estaba molesta se obligó a ofrecerle a la mujer una pequeña sonrisa. Era una enfermera y en su uniforme llevaba el apellido Burton.

—¿Qué pasó? —preguntó la paciente con la poca energía que tenía.

La enfermera estaba escuchando su corazón y con un gesto le indicó que respondería cuando terminara la revisión.

Así que Sam trató de escarbar en su memoria y responder a su propia pregunta. Lo último que recordaba era llevar la barriga del embarazo y sentir que realmente iba a tener un bebé.

No, eso no era todo.

Había mas

Recordó la voz de un hombre hablando con ella. Había querido responderle, pero no había podido. Luego le había gritado que no tuviera a su bebé en su taxi. Y entonces él la había abrazado. A pesar del dolor cegador, Sam recordaba que se había sentido bien en sus brazos.

Entonces, de repente, recordó algo más que su voz. Su rostro. Ella lo conocía.

Tom Parker.

No pudo evitar poner cara de incredulidad, fue tan obvio que la enfermera la miró con el ceño fruncido. ¿Por todos los santos del cielo Tom era su héroe? De pronto sintió ganas de vomitar y no estaba segura si era por su estado o por sus pensamientos.

La anestesia debía estar provocándole alucinaciones. Tom no era el héroe de nadie.

La enfermera colocó el estetoscopio alrededor de su cuello.

—Estás en el hospital. Tuviste un problema con tu apéndice. El médico dijo que fue bueno que llegaras justo a tiempo. Si se hubiera roto, podrías haber... Bueno, ya sabes. Lo importante es que llegaste en un buen momento y ahora estarás bien.

¿Su apéndice? Eso explicaba el dolor. Sin embargo, Sam tenía algo más apremiante en su mente que un órgano inútil que ya no existía.

—Tom Parker, el hombre que me trajo, ¿sigue aquí?

La enfermera la miró con extrañeza.

—No sé de quién estás hablando, niña.

—El hombre que me trajo. Venía en un taxi.

—Oh, no lo sé. —La enfermera tomó algunas notas, luego guardó su bolígrafo en el bolsillo de su uniforme y suspiró mirando el reloj—. Podría chequear por ti, si quieres.

¿Cómo había pensado Sam que esa mujer era molesta? Debió haber sido el efecto de los medicamentos, que seguramente ya estaban desapareciendo pues ahora la mujer le parecía un ángel caído del cielo.

—¿Te importaría? —le preguntó a la mujer.

—Claro que no, cariño. Tan pronto como alguien entre y me releve, lo

verificaré. Ahora, solo recuéstate y descansa.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

—Unos pocos días. Estuviste cerca, sabes, así que hay que tomárselo con calma.

La mujer acomodó la manta que tenía Sam. Hacía mucho tiempo nadie hacía eso con ella. Era algo agradable a pesar del dolor, esta vez su sonrisa fue genuina.

—Gracias.

—De nada. Soy Stella Burton, por cierto. Estaba en mi descanso cuando te trajeron. Así que he estado contigo desde que llegaste. Estaré atenta por si ocupas algo. Solo llámame. Aquí está tu campana. —Puso un pequeño timbre en la mano de Sam—. No debes intentar levantarte. El médico pronto hablará contigo y te explicará todo con detalle.

—Comprobarás lo de Tom.. Quiero decir, lo del taxista, ¿verdad?

—Será lo primero que haga.

Sam se sentía como si el taxi la hubiera atropellado, pero a pesar de su dolor, se recostó en la cama y dejó que sus pensamientos se centraran en cierto hombre de cabello oscuro y ceño fruncido sexy como el pecado. Se preguntó si él siempre estaba tan malhumorado como le hacía creer a todos, o si debajo de esa mirada oscura había más de lo que la gente sospechaba. Ella sin duda habría esperado cualquier cosa de Tom Parker, menos amabilidad. De todas las personas que podían salvarle la vida, él no habría sido ni de cerca una de sus apuestas.

Media docena de preguntas daban vueltas en su mente. ¿Qué estaba haciendo Tom conduciendo un taxi? ¿Qué hacía el autoproclamado cínico más grande de Saint Louis rescatando a una mujer embarazada?

Él no la había reconocido. De eso, estaba bastante segura. Si lo hubiera hecho, probablemente la habría dejado en la calle, embarazada o no y estaría muerta. Todavía le guardaba rencor a su pasado lleno de contratiempos.

La puerta se abrió, en lugar de la enfermera fue la tía Elaine quien entró corriendo a la habitación.

—Oh, cariño, el hospital llamó a tus padres, y como están tan lejos, me llamaron a mí. Están intentando tomar el primer vuelo de Florida. El médico me dijo que podía entrar, pero solo puedo quedarme un momento. Estaba tan preocupada.

La tía Elaine era una masa de energía de apenas metro y medio, pero con solo verla hacía que Sam se sintiera mejor.

—Lo siento, los preocupé a todos. Estoy bien. Dile a mamá y papá que se queden quietos. No hay razón para que regresen de su viaje, solo fue un susto.

—¿Un susto? Por lo que dijo el doctor tuviste un pie aquí y otro en la tumba.

Sam dudaba que el doctor hubiera dicho eso, al menos no con esas palabras.

La enfermera volvió a entrar en la habitación.

—Lo siento —dijo la mujer al interrumpirlas—. El hombre se fue sin dejar datos, nadie sabe quién era.

—Gracias —contestó Sam.

—¿Qué hombre? —preguntó Elaine.

—Tom —murmuró su sobrina.

—¿Qué hay de Tom?

—Es un héroe. Mi héroe.

Elaine arqueó una ceja y la miró con curiosidad.

Tan pronto como pudiera, Sam tenía la intención de que el mundo entero supiera que ese canalla de Tom Parker no era otra cosa que un héroe sin capa.

Dos semanas después de su inusitado ataque de heroísmo, Tom casi había dejado atrás el incidente. Pero esa palabra con «H» le dejaba una sensación terrible en la boca del estómago, no quería que nadie imaginara si quiera lo que había hecho. A veces tenía la impresión de que todos lo sabían y cuando los miraba hablando entre ellos, sentía que se estaban burlando de él y su estúpida buena obra.

Sacudió la cabeza, recolocó su ceño fruncido y puso su muy ensayada expresión de «no me jodan» en su rostro. Entonces se concentró en el jugoso y humeante filete de pavo que tenía frente a sus ojos e inmediatamente se dio unas palmaditas en el bolsillo para asegurarse de que había traído sus antiácidos. Estaba bastante seguro de que los iba a necesitar. Últimamente nada le caía bien a su estómago.

El día de la mujer embarazada había necesitado más que antiácidos, había tenido que examinarse la cabeza... literalmente.

Apenas llevaba su segundo bocado, encantado con el sabor que se derramaba sobre su lengua cuando el contoneo de unas caderas atrapó su atención. Levantó la vista y la dirigió a su cintura, luego a sus pechos y por último a su rostro. Justo cuando reconocía a la mujer que le estaba sonriendo, ella tropezó con una silla y estuvo a punto de caer.

¿Qué estaba haciendo Sam Reynolds allí y por qué le estaba sonriendo? Ni si quiera tuvo oportunidad de tragarse el pavo, ella simplemente se deslizó en la silla frente a él, sin esperar a ser invitada, y cualquier esperanza que Tom tuviera de un simple saludo se desvaneció.

Resignado a su destino, preguntó:

—¿Qué te trae por aquí?

Ella sonrió. Era tan hermosa. Un completo engaño. Parecía todo lo que un hombre soñaba, hasta que la conocías de verdad.

—Pensé en llamarte y darte las gracias —dijo Sam sin aliento— pero no sabía muy bien cómo decirlo, así que pensé que lo mejor sería que lo hiciera en persona. Fui a tu oficina, pero me dijeron que estabas en la hora del almuerzo, así que por eso llegué hasta aquí... —Se encogió de hombros—. Bueno, solo quiero decir: gracias. Desearía haber pensado en una forma más elocuente de expresarlo, pero a veces menos era más. Breve y conciso, ese es mi lema.

Habían pasado seis meses desde que había visto a Sam, bueno, excepto en las noticias, pero eso no contaba, y fácilmente podrían haber pasado mil años más sin que lo hiciera.

—¿Gracias por qué? —preguntó con cautela.

Solo habían salido una vez y había sido la peor cita del mundo. Sam Reynolds era peligrosa no solo para su cordura, sino también para su seguridad. Esa maldita mujer era un desastre, todo lo que él no necesitaba ni quería.

—Por salvar mi vida —contestó ella al tiempo que tomaba su vaso de agua y se llevaba el líquido a los labios como si tal cosa.

—Ha pasado mucho tiempo desde nuestra cita, si has decidido que salvé tu vida al no invitarte a salir por segunda vez, entonces está bien. De nada. En realidad, nos salvé la vida a ambos. En fin, fue un placer verte. Linda tarde.

Ella no tomó la indirecta, estaba claro que no tenía ni la más mínima intención de irse. La camarera los interrumpió y preguntó a Sam:

—¿Desea algo, señorita?

Sam abrió la boca para hablar, pero antes de que consiguiera articular una palabra, Tom la interrumpió y dijo:

—No. Ella ya se va.

La camarera se encogió de hombros y se alejó.

—Fuiste bastante grosero con ella, ¿no crees? —le riñó Sam con censura en su tono.

Tom se encogió de hombros.

—No, no fui grosero. Tal vez abrupto, pero no grosero. Sin embargo —agregó tomando la servilleta en un puño—, estoy a punto de ser grosero contigo. Por si no lo sabes, me gusta comer solo.

—Probablemente a nadie le guste comer contigo tampoco. —Él arqueó una ceja y ella respondió con una dulce sonrisa—. La cosa es que no he venido hasta aquí para discutir contigo. No vine a agradecerte el hecho de que no quisieras salir conmigo una segunda vez. Después de todo, si yo hubiera querido una segunda cita, que no fue lo que pasó, te habría invitado yo misma. No habría estado esperando al teléfono para que me llamaras tú. Después de esa primera cita, una segunda habría sido tentar a la suerte. Sé que soy positiva por naturaleza, pero incluso para mí estaba claro que no pegaríamos ni con cola.

—Si no estás hablando de nuestra cita, ¿de qué estás hablando entonces? No es que tu explicación sea muy clara que digamos. No aprendí mucho de ti en esa cita, pero sí me di cuenta de que cuando estás cerca la gente corre peligro y también aprendí que no eres muy sensata. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que soy sensata. Simplemente no prestaste atención. No puedo creer que aún me reproches lo de Bombón. Te avisé sobre él, pero ¿escuchaste? ¡No! —Se miró las uñas con atención, intentando no sonreír al recordar cómo su tierno gatito había tumbado a ese hombre insufrible—. Crees que sabes todo y no admitirías que estás equivocado ni aunque tu vida dependiera de ello.

—Lo admitiré cuando lo esté —contestó tajante.

Ella puso los ojos en blanco.

—Yo tampoco aprendí mucho sobre ti ese día. Sin embargo, tengo que admitir que te subestimé. Hay más de ti que un periodista pesimista y canalla. —Se acercó mirándolo fijamente—. Quién iba a pensar que debajo del bolsillo de esa camisa asquerosamente cara hay un corazón, un héroe. Un verdadero caballero de brillante armadura. —Sam se acercó todo lo que pudo y tomó su mano—. Quiero una entrevista contigo, quiero poder contarle al mundo lo que pasó. Los héroes son raros en estos días y merecen toda la aclamación que podamos darles. El mundo necesita mejores ejemplos que seguir...

El término caballero de brillante armadura comenzó a producir acidez en su estómago. Debería haber sabido que no podría disfrutar del perfecto filete sin que pasara algo, o que alguien lo estropeará.

Tom abrió su bolsillo, sacó sus antiácidos y se echó dos a la boca antes de decir:

—¿Héroe? No sé de qué estás hablando.

Y prefería no saberlo.

—Sí que lo sabes Tom Parker. Puede que no seas un taxista de verdad, pero ese loco viaje al hospital fue toda una experiencia, ¿a que sí?

De todas las cosas que esperaba que ella dijera, esa había sido la peor. Se atragantó más por la sorpresa que por la tableta atorada en su garganta.

—¿Cómo te enteraste de eso? —preguntó entre espasmos de tos.

—Porque estaba ahí, yo era la mujer embarazada.

—¿Dónde estabas? ¿En el hospital haciendo otra de tus locas historias que no son noticias?

¿Qué quieres decir con «no son noticias»?

Su tono sonaba peligroso. O al menos, tan peligroso como se podía esperar de Sam Reynolds, como si un gatito hubiese mostrado las garras.

—Sam Reynolds, desde el Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias también son importantes —imitó—. Patético. Eso no son noticias. Es sacarina diseñada para endulzar y calentar los corazones de sus espectadores, no les informas sobre lo que está pasando en el mundo...

—Yo informo. Y educo. Y...

—Escucha, no hace falta ser un periodista para ver que no acabas de dar a luz, así que no intentes verme la cara... ¿Quién te pasó la historia?

—Estaba disfrazada. Hacia un trabajo que es parte de mi serie sobre “Nuestra gente”. Buscó a gente buena que haga una diferencia y tú no solo fuiste bueno, sino que fuiste un héroe al rescatarme así. El doctor dijo que si mi apéndice se hubiera roto, mi pronóstico no habría sido nada bueno. No se rompió porque actuaste de inmediato... y eso me salvó la vida.

Tom sintió que sus mejillas se calentaban, casi como si se estuviera sonrojando. Solo que él no se sonrojaba. Los hombres reales no se sonrojaban. Su padre se había preocupado de que Tom Parker hubiera aprendido eso desde muy pequeño.

Sam simplemente le estaba elevando la presión arterial. Su sangre se estaba acumulando en su cabeza, lo que conseguiría que un vaso sanguíneo en su cerebro se rompiera y le diera un derrame cerebral de clase mundial. Primero una indigestión y ahora un derrame cerebral. Y eso solo ese día. Ni siquiera estaba contando todo lo que había sucedido en su cita con esa loca.

Ella le volvió a sonreír, obviamente no estaba muy preocupada de que el

estuviera a punto de sufrir un colapso.

—Yo no te salvé la vida.

—Oh, sí, lo hiciste. Lo sabes, lo sé y quiero que toda la ciudad lo sepa. Por eso quiero entrevistarte. “El héroe de Saint Louis”. Así llamaré a ese capítulo.

—Tienes que estar loca. No voy a tener una entrevista contigo. No salvé tu vida. No soy el héroe de nadie. Ni siquiera me muestro frente a las cámaras.

—El duro columnista de Saint Louis, Tom Parker, ¿tiene ansiedad por el reconocimiento? ¿Tal vez tienes miedo de congelarte frente a la cámara? No te preocupes, no haremos la entrevista en vivo. La grabaremos y te juro que si suena estúpido o te congelas, editaré esa parte.

—Nunca he tenido ansiedad en mi vida. Ni inseguridad. Se lo puedes preguntar a cualquiera.

—Bueno, si tú lo dices. ¿Te importa decirme por qué no aceptas la entrevista?

—Porque... —Desvió la mirada—. Porque no quiero. No puedes probar que fui yo. Así que si sales al aire y tratas de contarle a alguien al respecto te demandaré por difamación.

Había trabajado duro para construirse una reputación. Era difícil, dogmático y siempre estaba listo para una pelea. Esos eran términos asociados con Tom Parker y su columna “A través de la objetividad”. Ser visto como un héroe no sería bueno para su imagen mordaz y contundente. Y ser un héroe para la Señorita Positiva de Saint Louis no sería otra cosa que un insulto. De ninguna manera iba a dejar que esto sucediera.

—No puedes demandarme por decir la verdad y cosas buenas sobre ti, por Dios, favor que te haría...

—Decir que soy un héroe es una calumnia y no la aceptaré. No quiero ver ni una palabra sobre esto en tus noticias. ¿Entiendes?

—No voy a publicar nada sin tu permiso. Salvaste mi vida así que supongo que te debo una. Pero voy a hacer todo lo que pueda para convencerte. Puedes cambiar de opinión en cualquier momento, sería bueno para los dos.

Sam se levantó y Tom dejó escapar un suspiro de alivio, contento de que se fuera antes de que pudiera ocurrir cualquier desastre.

Ella se alejó unos pasos cuando de pronto se detuvo y mirándolo por encima del hombro dijo:

—Oh, Tom, casi lo olvido. Gracias por las margaritas. Son mis flores

favoritas, ya sabes.

Tom ahogó un gemido.

—Yo no...

Ella lo cortó.

—Está bien. Mira. Hemos tenido nuestra segunda cita y nadie resultó herido. ¿Tal vez rompimos nuestra racha de mala suerte?

4

Conocer a Sam no solo había sido un desastre, sino algo que hubiese querido borrar de su vida. Aun recordaba perfectamente como había sido. Desde el principio todo había ido mal. Incluso desde que llamó a la puerta rosada. ¿Quién tenía una puerta rosada? Obviamente la sobrina de Elaine, Sam Reynolds, quién más.

—Debes de ser Tom —le había dicho ella—. Entra. Me alegro de conocerte finalmente. La tía Elaine ha estado tratando de reunirnos durante meses. Pero he estado tan ocupada y obviamente tú también lo has estado. Creo que está enamorada de ti desde que hiciste esa serie sobre la comunidad de jubilados y la entrevistaste. Me ha dicho que si fuera cincuenta años más joven saldría contigo. Quizá por eso organizó esta cita, cree que tenemos algo en común.

Ella lo había mirado expectante, como si estuviera esperando alguna respuesta, pero él no había sabido que responder.

—Elaine es una buena mujer —había dicho como un idiota total.

—Sí. Es agradable. ¿Por qué no te sientas?

Cuando dejó de parlotear, Tom tuvo la oportunidad de mirarla a ella, era preciosa, una morena de cuerpo curvilíneo y una sonrisa perfecta. Ella lo había descubierto mirando su trasero así que había decidido concentrarse en la casa. Era un caos. Una mezcla de colores brillantes, fuertes y un puñado de cosas por aquí y por allá. Daba la sensación de que con tantos libros y adornos era imposible encontrar algún espacio libre, ni siquiera sabía dónde sentarse.

La única razón por la que había aceptado esa cita a ciegas era porque le había prometido a Elaine que conocería a su sobrina ya que eso parecía significar mucho para la mujer. Pero planeaba convertirla en la cita más rápida de la historia.

—Realmente deberíamos irnos —le había dicho a Sam—, ¿estás lista?

—Estaré lista en un... ¡Oh, cuidado, agáchate!

Desde que ella le había abierto la puerta él había tenido la sensación de

que la conocía de algún lugar, pero no había caído de dónde. Hasta ese momento, ignorando su advertencia recordó quién era: Sam Reynolds del Noticiero Saint Louis. La Señorita Positiva. Justo después de ese descubrimiento fue cuando empezó lo peor.

Sintió un fuerte impacto en la parte posterior de las rodillas. Se tambaleó un poco, con la mala suerte de que tropezó con uno de los tantos adornos que ella tenía por todas partes y finalmente cayó al suelo golpeándose la cabeza en la mesa del café. A su alrededor cayeron un montón de objetos y uno bastante pesado sobre su espalda. Se quedó petrificado cuando notó que este último se movía.

—Oh, Bombón, ¿qué hiciste? —dijo Sam acercándose a él y quitándole el peso de encima.

Con cautela Tom se levantó, frotándose la frente. Probablemente tendría una conmoción cerebral. ¿Acaso no había gente que había sufrido un coma por ese tipo de cosas?

—Lo siento mucho, Tom —había dicho Sam.

Él se puso de pie lentamente y miró la bola de pelos en los brazos de ella.

—¿Qué es eso?

—Este es Bombón. Lo rescaté la semana pasada y aún no he tenido tiempo de enseñarle modales. Él tiende a atacar a extraños. El pobre hombre de FedEx fue su primera víctima. Afortunadamente, Bombón no tiene garras. Y con el tiempo estoy segura de que será un gato muy educado y agradable. Solo necesita una oportunidad.

¿Gato? La bestia de pelo gris que estaba mirando a Tom con su único ojo bueno parecía más una criatura del infierno que un animal.

—¿Estás listo para irnos, Tom?

Entregándose a su destino él simplemente había asentido e inmediatamente lo había lamentado cuando el ritmo de las punzadas en su cabeza se había acelerado.

Cada vez que recordaba ese día se frotaba la cabeza.

Sam frunció el cejo mientras escudriñaba a la multitud. Su camarógrafo, Nick, estaba en la esquina y todo lo que tenía que hacer era esperar a su señal. En general, odiaba cubrir noticias y prefería quedarse con historias de interés humano, pero en esa ocasión no estaba allí solo por la rueda de prensa.

No. Ella tenía peces más grandes que pescar.

Allí estaba él. Como una gran trucha esperando engullir su cebo. Se dirigió hacia su víctima con una enorme sonrisa dibujada en la cara. Tom estaba discutiendo en voz baja con el hombre que estaba a su lado.

—... no hace falta un contador para saber que ese dinero no ha sido bien invertido en la ciudad —decía Tom.

—No se puede discutir con usted, Parker —contestó el hombre y se alejó hecho una furia.

Sam sintió un arrebató de simpatía por el extraño. Ni siquiera necesitaba saber de qué estaban hablando para saber que Tom había molestado al hombre, cosa que no era inusual. Tom molestaba a todos.

—Shh —siseó ella detrás de él.

Él se giró de inmediato. Su cara era un poema.

—Oh, eres tú.

—Sí. Yo también me alegro de verte. Solo quería comprobar si habías cambiado de opinión acerca de nuestra entrevista.

—No —respondió rotundamente.

El asistente del alcalde se puso al micrófono, dirigiéndose a todos los periodistas frente a él y empezó:

—Me gustaría dar la bienvenida a todos...

Ya que el asistente no era la historia, Sam continuó en un susurro:

—Esa fue una respuesta muy rápida, Parker. ¿Estás seguro de que no quieres pensarlo? Podría ser una gran promoción para tu periódico. Y para tu columna.

—No hay nada que pensar. —Se detuvo un momento y luego agregó con voz igualmente tranquila—: ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cubriendo la rueda de prensa del alcalde.

—¿Por qué? ¿Pensé que solo cubrías «las buenas noticias»?

—Bueno, el alcalde es agradable y se rumorea que sus noticias también lo son, así que aquí estoy.

Sam no le dijo que le había rogado a Diane, la editora de su noticiero, que la dejara cubrir esa historia. Ni que Diane había estado tan sorprendida por su petición como lo estaba Tom. La mirada que él le lanzó le dijo que no la creía ni un poco. Pero eso no importaba. Lo que importaba era que él aceptara la entrevista.

No estaba segura de por qué era tan importante para ella decirle al mundo que Tom Parker era más de lo que indicaban sus columnas, que debajo del cínico latía el corazón de un héroe. Molesto, tal vez. Pero un héroe.

—Es un país libre, Parker. Puedo cubrir cualquier historia que quiera.

—Sabes, no te he visto en seis meses y de repente te veo dos veces en dos días. Eso es demasiada coincidencia...

—¿Lo es? —preguntó dulcemente

—No estarás siguiéndome con la esperanza equivocada de que voy a cambiar de opinión, ¿verdad? Porque si es así, pierdes el tiempo.

—... y aquí está el alcalde Roberts —dijo el asistente de la alcaldía.

Tom sacó su libreta y su bolígrafo, preparado para tomar notas sobre la conferencia de prensa.

Sam se quedó dónde estaba. El camarógrafo filmaría el anuncio y luego la filmaría a ella haciendo un pequeño cierre.

—Bueno —dijo Sam—, para cambiar de opinión deberías tener un cerebro y por lo tanto una opinión... No soy muy optimista al respecto, pero los milagros ocurren, perseveraré.

Tom dejó de jugar con su cuaderno y le lanzó una mirada severa.

—Ese no fue un comentario de la Señorita Positiva. Pensé que vivías en tu mundo feliz, un lugar donde los tonos rosa eran los únicos colores permitidos. Eso acerca de mi falta de cerebro no es muy optimista. ¿Qué dirían tus espectadores si supieran que no eres tan dulce como piensan?

—Digamos que sacas lo peor de mí. Mi visión de un mundo feliz y su color rosa se atenúan cuando estás cerca. Y si mis espectadores te conocieran, lo entenderían completamente.

—Saco lo peor de todos, pero pensé que ni siquiera podía cambiar tu positivismo.

—Oh, no lo has hecho. Es solo mi opinión sobre ti la que no es tan optimista.

—Pensé que habías dicho que yo era un héroe —dijo.

—Lo eres. Pero eres terco, crítico y molesto, también. Y estás equivocado.

—... y es hora de abordar lo que está mal con el centro... —dijo el alcalde.

—¿Equivocado? —Tom le susurró a Sam.

—Esta entrevista sería buena para ti —dijo ella en voz baja— y para tu carrera.

—Me gano la vida como columnista y periodista. ¿Cómo podría ayudarme el título de...?

Se detuvo y frunció el ceño, como si lo que había estado a punto de decir

le dejara un mal sabor de boca.

—¿Héroe? —Sam completó las palabras que Tom no quiso decir

—Lo único que quieres de mí es que toda la ciudad se burle. Lo siento, pero vas a tener que buscarte a otro que acepte el papel.

—... y creo que todos estarán de acuerdo —dijo el alcalde— en que este proyecto vale la pena y ocupará de todos nuestros esfuerzos para revitalizar el área del centro de la ciudad. Dicho lo anterior, responderé a todas sus preguntas ahora.

Tom se quedó mirando el podio con cara de tonto.

—Preguntas? —Se volvió hacia Sam—. ¿Ya se acabó el anuncio? ¿Pero en qué momento dijo algo? —La miró con los ojos llenos de sospecha—. Lo hiciste a propósito. Me distrajiste. Ahora ni siquiera podré hacer una pregunta.

—El alcalde dijo que la ciudad va a recibir una gran subvención estatal para revitalizar el centro. Planean devolverlo a su antigua gloria.

Tom tomó nota y luego la miró con astucia.

—¿Cómo lo sabes? Estabas ocupada discutiendo conmigo.

—No discutí. Tú discutiste. Y escuché lo que dijo el alcalde porque soy mujer. Nos va bien con las tareas múltiples, ¿sabes? —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Vaya, Parker, me siento alagada de que te concentraras tanto en mí que incluso olvidaras al alcalde de la ciudad.

—Por supuesto que no fue así —dijo rápidamente, tal vez demasiado rápido.

Esa mujer lo descolocaba.

—Por supuesto que sí, o de lo contrario habrías escuchado el anuncio. De hecho, todavía estás tan concentrado en mí que no has hecho ni una sola pregunta al alcalde.

—No voy a caer en tu juego.

—Yo no juego. No, señor. Bien, voy a ponerme al día con mi camarógrafo. Hasta pronto, Tom. Estoy segura de que te veré pronto.

—Ni lo sueñes —dijo—. No voy a hacer la entrevista.

—Está bien —contestó ella encogiéndose de hombros—. Lo que tú digas.

—¿Tienes una idea innovadora? ¿Quieres decir más innovadora que andar por la ciudad metida en uno de tus disfraces? —preguntó Diane a Sam.

Diane Cooper había sido editora del Noticiero Saint Louis durante casi un año. Se había unido al personal justo después de que lo hiciera Paul Smith, el director de noticias. Fue su esfuerzo combinado el que cambió la dirección

de los programas en el noticiero. Presentaban titulares, tanto locales como nacionales, pero con el objetivo de que los programas atrajeran a las mujeres.

Las nuevas noticias, más suaves, habían elevado el *rating* del noticiero tres puntos. La buena disposición de Diane para que su personal tuviera libertad en sus informes la había convertido en una jefa popular.

Sam contaba con esa libertad para perseguir esta nueva serie sobre Saint Louis. Se inclinó hacia delante en su asiento y apoyó los brazos en el escritorio de Diane.

—Bueno, tal vez no sea tan innovador como mis disfraces. Pero sí es nuevo. Quiero hacer una serie sobre los héroes de Saint Louis durante una semana. Si va bien, creo que podríamos convertirlo en un segmento fijo.

Diane se inclinó hacia atrás en su silla.

—Esto es por Tom Parker, ¿verdad?

—No.

Sam negó, y luego sintió una punzada de culpa porque estaba mintiendo.

Por supuesto que era por Tom. No estaba segura de por qué hacer esa entrevista era tan importante para ella. Tal vez fuera solo gratitud. Dejar que el mundo supiera que él era un héroe era una excelente manera de agradecerle por salvar su vida. Pero esa explicación no sonaba del todo clara y ella no se sentía inclinada a profundizar más en el asunto.

—Pensé que Tom había dicho que si contabas este incidente, te demandaría —señaló Diane.

—No diré su nombre. Ni una sola vez. Ni siquiera lo mencionaré oblicuamente, como “el taxista que me salvó la vida”. No, no lo mencionaré en absoluto.

—¿Y estás segura de que esto no tiene nada que ver con el hecho de que tuvieron una cita y te abandonó a mitad de la noche?

—Él no me abandonó. No tengo idea de dónde salió ese desagradable rumor. En realidad, nos dimos cuenta de que no éramos compatibles y ya. Nunca supe por qué mi tía Elaine pensó que nos llevaríamos bien. Él ve el vaso medio vacío y yo medio lleno. Incluso alguien tan optimista como yo no puede encontrar ninguna razón para salir con Tom Parker otra vez. Fin de la historia. Me siento casi insultada de que pienses que usaría mi trabajo para vengarme de un hombre que crees que me abandonó en una cita.

Diane se masajeó las sienes y Sam sintió una momentánea puñalada de compasión por su jefa.

—¿Quieres una aspirina, Diane? —le preguntó.

—No. Estoy bien. Y no tienes tiempo para jugar a ser mi enfermera. Tienes que hacer un trabajo de campo para el segmento “Héroes de Saint Louis”, así que más te vale que muevas el trasero.

—Gracias, Diane. No lamentarás tu decisión.

En lugar de salir corriendo de la oficina, Sam abrió su enorme bolso y buscó una botella de aspirinas.

—Toma algo para ese dolor de cabeza —finalizó antes de irse.

Estaba sonriendo como una loca mientras avanzaba por el pasillo.

Tom la había acusado de no informar sobre noticias reales. Bueno, pues su rescate había sido real y estaba a punto de mostrarle lo real que era una periodista. Iba a hacer esa serie sobre héroes y al final mostraría la historia de Tom.

Pero como cualquier buena periodista comenzaría con una buena investigación y Sam tenía a la fuente perfecta. La tía Elaine.

Elaine Reynolds era la reina indiscutible de la comunidad de jubilados, al menos en su mente. En realidad, la tía abuela de Sam pensaba que ella era la reina dondequiera que fuera y actuaba en consecuencia. Había sido una de las primeras presentadoras femeninas en las noticias de Saint Louis y eso le había dejado una fama que ella no pensaba perder. De cualquier manera, la pequeña mujer de cabello gris era el centro del escenario dondequiera que estuviera.

Fue la tía Elaine quien inspiró a Sam para seguir una carrera en el periodismo y era quien le había ayudado con muchos de sus trabajos. Este no sería una excepción.

—Hola, tía Elaine —saludó Sam, luego se dirigió a las amigas de su tía quienes estaban jugando póquer—. Señoritas, ¿qué tal?

Sam besó a su abuela en la mejilla, se sirvió una copa de vino y tomó asiento a su lado mientras las mujeres seguían su partida y discutían sobre el juego. Para cuando terminaron el encuentro y se fueron, Sam llevaba más de una hora esperando y no se había quedado quieta ni por un segundo.

Elaine estudió a su sobrina un minuto y luego dijo:

—A ver, escúpelo. Parece que estás a punto de explotar. ¿Qué hiciste ahora?

Sam intentó parecer inocente.

—No sé a qué te refieres.

—No intentes mentirme, niña. Puedo verlo en esos ojos marrón oscuro que no sabes ocultar nada. Hiciste algo de lo que estás tan orgullosa que te

mueres por contarle y sabes que no dejaré de molestarte hasta que lo hagas, por lo que es mejor que dejes de fingir. Por favor, Sam, cuéntale a tu vieja tía lo que hiciste.

—Vieja tía mi...

Elaine la interrumpió con una risita.

—No seas vulgar, niña. No querrías ofender mis delicados oídos.

Sam no pudo evitar soltar una carcajada.

—No hay una sola cosa delicada en tu cuerpo y estoy segura de que tus oídos no son una excepción.

Elaine fingió una expresión herida, aunque Sam conocía a su tía lo suficientemente bien como para saber que consideraba el comentario como un cumplido.

—Ahora, me estás insultando —dijo Elaine.

—Está bien, está bien, tú ganas. Logré que Diane aceptara dejarme hacer una serie sobre los héroes de Saint Louis durante una semana.

—¿Y conseguiste que Tom aceptara la entrevista?

—No. —Sam negó con la cabeza—. Aunque no he dejado de intentarlo, ni dejaré.

—No vas a transmitir la historia sin su permiso, ¿verdad? Quiero decir, sé que las cosas no funcionaron entre ustedes dos como esperaba, aunque estoy segura de que no le pusieron demasiado empeño, pero ese no es motivo para tomarte ciertas libertades. Una mala cita la tiene cualquiera...

—La peor cita del mundo.

Elaine la fulminó con la mirada.

—No, tía Elaine. No voy a mencionar su nombre, respetaré su decisión, ni siquiera lo haré de manera indirecta. Tú y Diane son las únicas dos personas a las que les he contado lo que pasó y ambas han jurado guardar silencio, así que no hay manera de que se filtre la noticia. Puedes apostar que cuando hable sobre el heroísmo de Tom será con su permiso.

Sam recogió las cartas que las mujeres habían dejado en la mesa y comenzó a barajarlas distraídamente.

—Hice mi primera historia esta tarde. Descubrí a un oficial de policía hablando con algunos niños de la escuela sobre el bullying y las drogas. Nada sobre taxistas que salvan a las mujeres casi embarazadas.

—A mí no me engañas, pequeña. Estás haciendo esta serie para animarlo, ¿no? —preguntó Elaine con una sonrisa de complicidad.

Sam se detuvo en seco.

—No puedo creer que pienses que soy tan poco profesional. Nunca usaría mi posición para atormentar a alguien, ni siquiera a Tom Parker, aunque si hay alguien que merece tal cosa ese definitivamente es él. Es molesto. No puedo creer como pensaste que sería bueno para mí. O incluso que yo sería buena para él.

—Me gusta Tom y me gustas tú. Pensé que funcionaría. Todavía lo hago.

—¿Cómo puedes decir eso?, especialmente después de esa cita del infierno. Quiero decir, he tenido malas citas antes, pero esa fue más allá de mi peor pesadilla. Debería haber sabido cuando Bombón lo atacó que la noche sería un desastre. Debería haber ignorado mi optimismo y simplemente darme por vencida.

—Bueno, lo intentaste. Y hablando de ser optimista, ¿cómo pretendes que Tom te dé la entrevista?

De repente, recordando las cartas en sus manos, Sam comenzó a barajar de nuevo.

—Bueno, ahí es donde entras tú. Necesito saber todo sobre Tom Parker.

—¿Crees que traicionaría su confianza?

Sam levantó la vista de las cartas y se encontró con la mirada penetrante de Elaine.

—Por supuesto que no. Pero a menos que él dijera «Esto es extraoficial»...

—Sam, me avergüenzo de ti. —Elaine agarró la baraja de cartas—. Piensas que puedes manipular a una anciana para desquitarte de un hombre que no ha sido nada más que amable conmigo. La semana pasada vino con Ian y me trajo hamburguesas griegas y tú sabes cuánto amo las hamburguesas griegas.

—¿Ian? —preguntó Sam.

—Su hermanito. Oh, no hermanito de sangre, sino hermano como parte de ese programa «Hermanos Mayores». El chico tiene alrededor de doce años y ha estado con Tom por, oh, ¿cuánto?, dos años creo. Él...

Elaine no pudo terminar su oración. Sam se había puesto de pie y estaba besando su frente.

—Gracias, tía Elaine. Has sido de gran ayuda. Tengo que irme, pero volveré pronto.

—¿A dónde vas?

—A investigar un poco sobre mi próxima entrega de Héroes de Saint Louis —dijo Sam mientras salía corriendo de la habitación.

—Oh, eres astuta como tu tía. Te ayudé a pesar de que juré que no lo haría, te juro que te voy a...

Sam no pudo escuchar su amenaza, pero realmente no estaba preocupada por la venganza de la tía Elaine. Más bien estaba demasiado impactada digiriendo ese nuevo hecho sobre Tom.

¿Así que era un «hermano mayor»? Eso ciertamente no encajaba con la imagen que ella tenía de él. Dios, ese hombre era un verdadero misterio. Comenzaba a sentir demasiada inquietud y curiosidad.

Si le hubieran preguntado sobre él después de su horrible cita, lo habría descrito como duro, cínico e insufrible. ¿En cambio ahora? La primera palabra que se le venía a la mente era: heroico. ¿De qué otra forma describiría a alguien que estaba en un programa como «Adopta un hermano»?

Heroico y amable.

Definitivamente no había conocido a Tom en absoluto.

Al día siguiente Sam entró al centro cívico de Saint Louis justo cuando empezaban a tocar el himno nacional. Se detuvo y colocó la mano sobre su pecho, aunque no cantó. Las notas de la canción no habían sido hechas para que los simples mortales osaran entonarlas.

Escudriñó a la multitud y no pudo evitar sentirse un poco acosadora. Él estaba allí en alguna parte.

¿Qué no era una verdadera periodista? ¡Ja, eso lo iban a ver!

No solo tenía una gran historia sobre el programa “Adopta un hermano», sino que había descubierto que el grupo organizaría una noche de hockey y ahí estaba ella escudriñando un mar de cabezas, confiando en que podría identificar la de Tom, incluso desde la distancia.

Ahí estaba él. Lo vio justo al lado de un niño, al final de la primera fila. Estaban prácticamente sentados en la pista de hielo. Eso era genial.

Tratando de parecer indiferente, con la cámara encendida, seleccionó al primer par de «hermanos» que vio y les dijo:

—Hola, soy Sam Reynolds del Noticiero Saint Louis. Y estoy aquí esta noche, entrevistando a algunos de los adultos que se ofrecen como voluntarios en el programa “Adopta un hermano». ¿Le importaría responder algunas preguntas?

El caballero estuvo de acuerdo y ella comenzó la entrevista sin demorarse. Mientras conversaba con él, vigilaba a Tom. Estaba detrás de él y aún no la había visto. Estaba absorto en algo que el chico le estaba diciendo.

Cuando el entrevistado terminó, le dio las gracias con una sonrisa. Luego suspiró y decidió olvidarse de la sutileza, ya no podía esperar más. Sus nervios no tenían nada que ver con ver a Tom. No, ella estaba emocionada simplemente porque quería su historia.

Se dirigió hacia Tom, con el corazón a todo galope.

—Tom Parker —dijo con una voz de sorpresa descaradamente falsa—, mira dónde nos vinimos a encontrar...

Tom mantuvo una sonrisa dibujada en su rostro, pero ella pudo ver en sus ojos cuan molesto se encontraba.

—Sam Reynolds, hasta pareciera que me sigues...

—¿Por qué? Estoy trabajando en una historia sobre “Adopta un hermano» y pensé que el evento de esta noche era perfecto para hablar con algunos de los adultos que se ofrecen voluntariamente al programa. Pero cuál fue mi sorpresa al verte sentado en esta sección. ¿Eres uno de ellos? ¿Quién es este guapetón?

Se arrodilló para que sus ojos quedaran al nivel de los ojos del chico. Tenía el cabello rubio y una mancha de algo en su mejilla.

—Soy Ian.

—Hola, Ian. Yo soy Sam. Soy...

—Sé quién eres —dijo el niño con entusiasmo—. Mamá te mira todas las noches. Tú y Ellen Degeneres son sus dos personas favoritas en la televisión. Ella dice que ambas son un encanto. Y después de un largo día de trabajo lo

único que desea es distraerse de lo negativo con sus programas.

—Bueno, dile a tu madre que gracias. Es un gran cumplido —dijo Sam.

El chico se detuvo un momento y luego preguntó vacilante:

—¿Me darías tu autógrafo para ella?

—Claro. ¿Cómo se llama tu madre?

Extendió una hoja que llevaba en la mano donde estaba apuntado el programa del partido y le dijo.

—Bety. Sin «h». Bety Myers. Mamá dice que su madre no era letrada, porque Bety siempre se escribe con «h», pero su nombre no, así que siempre tiene que estárselo aclarando a todos.

Sam buscó un bolígrafo en su bolsa y luego firmó el programa con un gesto elegante.

—Bety Myers, sin «h». —Miró por encima del niño a Tom y le preguntó—: ¿Qué me dices de una entrevista?

—Nada en absoluto. Te lo dije, te lo digo y te lo seguiré diciendo: no la voy a hacer. Y acosarme no va a conseguir que cambie de opinión.

—No hablo sobre esa entrevista, sé que cambiarás de opinión en su debido momento. Hablo sobre que eres un «hermano adoptivo»... Solo serán una o dos preguntas para ti e Ian sobre lo que el programa ha hecho por él. Traje mi cámara de confianza para poder capturar todo para las noticias de la noche. ¿Qué dices?

—No.

Ian miró a Tom y dijo:

—¿Saldré en las noticias? Mi madre se volverá loca de emoción si me ve hablando con la señorita Sam Reynolds en televisión.

—Tom —comentó Sam—, si no aceptas hablar conmigo ni siquiera sobre “Adopta un hermano», está bien. Pero al menos deja que Ian lo haga si así lo desea. —Le lanzó una mirada suplicante, luego le sonrió al niño—. Tendría que pedirle permiso a tu madre antes de ponerte al aire, pero creo que ella estaría orgullosa de verte en las noticias.

—¿Puedo, Tom? —preguntó Ian.

La expresión de Tom era clara, dejar que Ian hablara con Sam era lo último que quería hacer, pero al mirar al niño su expresión se suavizó y Sam supo que estaría de acuerdo.

Añadió otro hecho positivo sobre Tom a su creciente lista... Era bueno con los niños, al menos con ese.

—Simplemente no digas mi nombre —le advirtió él al pequeño—.

Quiero permanecer en el anonimato. Hago esto porque quiero, porque tú y yo somos amigos. No lo hago para que todos sepan.

Sam encendió su cámara y se concentró en el niño. Pero no antes de enfocar a Tom en el lente. Mantendría su promesa y editaría esa parte del video, él no aparecería en la historia. Pero necesitaba verlo a través de la cámara, necesitaba encontrar una nueva perspectiva sobre ese hombre que estaba resultando ser todo lo que jamás hubiese creído.

Sin embargo, el lente solo capturaba lo que ella ya conocía. A Tom Parker con su cabello negro, su gesto serio y su visión oscura del mundo. Arisco. Obstinado. Cínico.

Y también heroico, guapo y bondadoso. Iba a conseguir que la cámara captara eso. Tarde o temprano lo conseguiría.

Con resignación se enfocó en Ian. Pensar en las complejidades de alguien como Tom Parker tendría que esperar.

El chico charlaba alegremente sobre las cosas que había hecho con Tom. Había habido boletos de temporada para el equipo de béisbol de Saint Louis, viajes a la playa y una entrada para ver los Monster Trucks...

—Incluso me llevará a ver un musical la próxima semana. Tom dice que un hombre debería saber más sobre el mundo que sobre los deportes. Dijo que nunca tuvo un hermano pequeño y me preguntó si yo quería serlo...

El chico estaba resultando ser una excelente fuente de información, pero finalmente se detuvo.

—Gracias, Ian.

—Sam, ¿te importa si hablamos un minuto? —La voz de Tom era tensa.

Ella apagó la cámara, sorprendida de que Tom hubiera dejado a Ian hablar tanto tiempo.

—Claro. ¿Te importaría sostener esto un minuto, Ian?

Le entregó la cámara al niño antes de que Tom prácticamente la arrastrara hacia el pasillo. Se quedaron en la pequeña pasarela donde las escaleras terminaban y continuaba la pista de hielo.

—Esto tiene que parar —dijo Tom.

—No sé a qué te refieres.

—¿Crees que no sé qué me estás siguiendo?

—Sabes, recuerdo perfectamente tu ego inflado durante nuestra cita, por lo que veo los últimos seis meses no han hecho nada para desinflarlo. Mi mundo no gira alrededor de ti, Parker.

—¿No? No pretendas engañarme. El jueves arruinaste un pavo bueno,

sorprendentemente bueno, y me dejaste con la peor acidez estomacal que he tenido en años. El viernes apareciste de la nada para cubrir la conferencia de prensa del alcalde, historias que jamás cubres, y conseguiste que me distrajera de mi trabajo y no prestara atención. Y ahora, dos días después, estás en un partido de hockey al que he acudido. No creo que buscar historias un domingo sea parte de tu horario, ¿verdad?

—Así son las coincidencias. Solo te busqué el primer día, el resto ha sido casualidad. Estoy aquí para un segmento de “Los Héroes de Saint Louis” y...

—Ajá, así que admites que estás trabajando en ese absurdo reportaje de héroes...

—Sí. Por supuesto que lo hago. Admito que la idea surgió gracias a ti, pero como no estás interesado, busco otras historias. Como te dije, tienes un ego inflado y yo no voy a rogar... Tom, ¡cuidado! —chilló mientras lo tomaba por el cuello del abrigo y lo arrojaba al suelo.

Él estaba de espaldas a la pista y ni siquiera tenía idea de qué estaba pasando. Solo sabía que había escuchado el golpe de un disco de hockey contra una silla y que estaba cayendo con ella... no, peor que eso, sobre ella.

Su cabeza se golpeó contra la de Sam.

—¿Tom? ¿Estás bien?

—¡Tengo el disco! —gritó Ian.

—¡Un fan con el disco de la suerte! —dijo alguien por los altavoces—. ¡Lleva el disco al centro de asistencia para fans y reclama tu premio!

El público comenzó a vitorear y aplaudir, luego se retomó el juego.

—¿Tom? —repitió Sam.

Él se movió lentamente y se sentó.

—Oye, genial, ¿puedo ir a reclamar el premio? —preguntó Ian.

Tom se balanceó de un lado a otro cuando se puso de pie.

—Claro. Ve a ver qué les dan a los espectadores que mutilan.

Tan pronto como Ian estuvo fuera del alcance dijo:

—¿Estás tratando de matarme?

—¿Qué? —preguntó Sam. Podría haber dicho: Gracias, Sam, por intentar salvarme o, gracias por amortiguar mi caída. Definitivamente iba a tener algunos moretones por haberlo hecho caer sobre ella. En cambio, ¿la estaba culpando por apartar su cabezota del camino de un disco de hockey?—
¿Hablas en serio?

Asintió a medias, luego hizo una mueca.

—Primero esa cita... Casi me matas en tres ocasiones distintas esa noche. Luego la acidez estomacal y ahora esto... Estoy seguro de que tendré una conmoción cerebral. O sea, la segunda conmoción cerebral que tengo por tu culpa. La primera fue cuando tu gato me atacó.

—Tal vez lo de Bombón fue mi culpa, debería haberlo controlado. Pero hoy lo único que hice fue salvarte del golpe de un disco de hockey y no pienso sentirme mal por eso.

—Si no hubiera estado hablando contigo, ningún disco habría estado a punto de golpearme.

—Estabas gritando, no hablando —corrigió ella.

—Oh, Dios mío, estás haciéndolo otra vez. Eres una mujer peligrosa. Todos dicen que eres dulce, pero en realidad no lo eres. Estás dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir que acepte la entrevista.

—Oh, ya quisiera.

—Ahí vas otra vez, diciendo esas cosas que no son típicas de la Señorita Positiva. Tu mundo feliz no es todo lo bueno que dices que es, ¿verdad?

—No cuando estás cerca. Puedes poner gris incluso la vista más rosada del mundo.

—Sabes —dijo—, puede que todos piensen que eres dulce, pero yo no me dejo engañar. No lo eres, solo finges serlo. Por otra parte, yo al menos sí soy sincero acerca de mi falta de dulzura. Quiero que te mantengas lejos de mí.

—Bien —dijo Sam mientras se ponía de pie—. Me mantendré lejos, tan lejos como pueda. Podría ser un peligro para tu salud. E incluso para la mía, estás afectando mi hermosa vista del mundo. A tu alrededor, me siento tan amargada como tú.

Sam agarró su cámara del asiento vacante de Ian y se fue con la cabeza bien alta, saliendo del centro cívico y de la vida de Tom Parker.

Tom se había despedido de un Ian muy emocionado después del juego de hockey. Resultó que el equipo regalaba palos de hockey autografiados a los espectadores con un disco de la suerte. El chico estaba alucinando por haberse ganado uno... y porque estaría en las noticias.

Quizá él se sintiera un poco feliz también, ahora que se había deshecho de Sam no tenía ninguna preocupación. Se emocionó al pensarlo.

Estaba totalmente feliz.

Sin embargo, había algún otro sentimiento allí cuando pensó en no volver a verla. Algo más que estar emocionado. Alguna cosa...

No. Simplemente estaba feliz. Eso era todo lo que estaba sintiendo.

Se frotó la cabeza y encendió el televisor pasando los canales sin ton ni son mientras seguía pensando en Sam.

Dejó el control remoto cuando vio su cara en la pantalla. Por supuesto, no había querido terminar en el noticiero Saint Louis, por Dios ni siquiera había pensado que era justo la hora de las noticias de la noche. Había sido una coincidencia total.

Era una coincidencia que había ocurrido una y otra vez durante los últimos seis meses.

Sabía que el noticiero tendía a publicar sus anuncios en los tres horarios de noticias.

—Soy Sam Reynolds y estoy aquí con Adam Bartlett. Adam, ¿por qué no me cuentas lo que pasó?

El niño se lanzó a una historia sobre salvar a un perro que no podía nadar en el pequeño estanque cerca de su granja.

—Creo que ese perro tuvo la suerte de tener a un héroe como Adam Bartlett —continuó Sam—. El mundo está lleno de personas de buen corazón. A veces estas hacen cosas grandes que todos notan y, a veces, como Adam, realizan un pequeño gesto heroico que debe de hacerse notar de igual forma. Se despide Sam Reynolds del Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias también importan y los héroes de Saint Louis reciben el reconocimiento que merecen.

Bueno, tal vez Sam era mejor de lo que creía, pensó Tom. Ella se había tomado muy en serio su discurso sobre una demanda y no había usado su nombre. Ni siquiera había mencionado el taxi. Aunque le había dado otro pequeño puñetazo al aire, claramente esperando hacerlo tan miserable como ella debía sentirse por no tener su entrevista. Bueno, Sam merecía ser miserable. Era lo justo, le había hecho miserable toda la semana.

Tal vez ni siquiera era suficiente que ella simplemente hubiera perdido la entrevista. Tal vez ella merecía una lección sobre cómo se sentía ser acosado. Tal vez él debía ser quien se la diera.

¿Cómo se sentiría Sam al tener a alguien siguiéndola a cada paso? Dudaba que le gustara.

Podría seguirla. Convertirla en una columna. «Un día en la vida de la optimista Señorita Positiva o algo así... Algo para molestarla y hacer que esos lentes de color rosa se destiñeran.

Una lección.

Eso. Le daría una lección a Sam y publicaría una columna sobre ella.

Sí, seguiría a Sam. Era una buena idea.

Y todo se trataba de venganza, no tenía nada que ver con que no le gustara la idea de no volver a verla.

¡En absoluto!

6

—Ella es una amenaza, eso es lo que es —murmuró Tom mientras arrojaba una reina de corazones a la pila de cartas.

—Te preguntaría quién, pero presiento que ya lo sé. Ustedes dos parecen estar en desacuerdo.

—Extraña es la palabra. Tu sobrina es extraña.

Elaine recogió la reina y colocó un as, un rey, la reina y la jota de corazones sobre la mesa, luego descartó un as de espadas. Soltó una carcajada.

—Creo que estoy fuera, lo que significa que gané esta mano.

—Creo que haces trampa —dijo Tom.

No solo lo creía, lo sabía. Era una de las cosas que le gustaba de Elaine.

—Primero insultas a mi querida sobrina, luego me insultas llamándome tramposa. Tom, siempre has tenido una personalidad áspera, pero está empeorando a cada minuto. Vaya, la semana pasada asustaste a la pobre Bertha.

—Ella te hablaba como si fueras un niño, no una adulta responsable.

—Es solo su forma de ser. Es muy bondadosa. Simplemente te ofendes demasiado rápido.

Se negó a discutir más sobre Bertha. En lugar de comentar, deslizó la tableta de resultados hacia ella y Elaine miró sus figuras.

—Llevo cincuenta y tres puntos más que tú y he ganado esta partida —dijo alegremente antes de recoger las cartas y barajarlas.

Tom la observó con atención, tratando de ver si estaba amontonando las mejores cartas para ella. Aunque nunca había podido atraparla y no podía probarlo en un tribunal, era una cosa bastante segura que Elaine amañaba el juego.

La mujer repartió siete cartas para cada uno.

—A jugar.

Tom levantó su mano y la estudió cuidadosamente antes de sacar una

carta de la pila y descartar un siete de espadas.

—Eres una mujer dulce hasta que tienes las cartas en la mano, entonces te conviertes en una alimaña —se quejó.

Elaine se veía tan complacida como si él le hubiera dicho que acababa de ganar la lotería.

—Alimaña. Me gusta eso casi tanto como me gusta ganar. sabes, a Sam también le gusta ganar, aunque ella es mucho más amable que yo.

Elaine sacó de la pila y luego descartó un nueve de espadas.

Tom tomó el nueve y dejó un set de ocho, nueve y diez de espadas. Descartó un as de corazones.

—No sé si Sam sea más amable. Estuvo en la conferencia de prensa del alcalde y me distrajo a propósito.

Elaine recogió el as de Tom.

—Oh, te distrae Sam, ¿verdad? Te dije que te gustaría.

—No fue eso lo que quise decir. No me distrae en ese sentido... Me refiero a que me desvió del trabajo a propósito. No dejaba de hablarme y acosarme con lo de la entrevista hasta el punto en que me perdí la mayor parte de lo que el alcalde dijo. Y luego casi me golpea un disco de hockey. Ella distrae de la peor manera.

Elaine lanzó un gritito y unas jugadas después volvió a ganar el juego.

—Sam tenía razón, distraerte es una herramienta efectiva. —Estudió a Tom un momento y luego dijo—: Pero esa técnica solo funciona con hombres. Un juego de cartas no me hará ignorar el hecho de que quieres algo de mí. ¿Qué es?

—¿No crees que sea posible que solo quisiera jugar un juego contigo?

—No.

Ya era hora de poner sus cartas sobre la mesa, en sentido figurado esta vez. Fue directo al punto.

—Quiero algo de información sobre Sam.

Elaine le dirigió una mirada severa.

—Te diré lo que le dije a ella, no me voy a meter en lo que sea que estén haciendo ustedes dos.

—Ella me está acosando.

No mencionó que no había visto a Sam durante dos días enteros y que no esperaba verla ese día. Cosa que no le impedía mirar constantemente por encima de su hombro como si la estuviera buscando, por el amor de Dios. Y tal vez, solo tal vez, estaba un poco decepcionado al respecto.

Ese día había visto las noticias y su segmento en el programa sobre “Adopta un hermano». Había un largo clip con Ian hablando de todas las cosas que habían hecho juntos y no había ninguna mención de Tom en absoluto.

Había llamado y hablado con el chico. Ian estaba más que emocionado de haber estado en la televisión y no podía dejar de hablar sobre el deleite de Bety.

Tom había trabajado el lunes, esperando toparse con Sam en algún momento durante el día, pero eso no había sucedido. Obviamente, ella se había tomado en serio sus últimas palabras. Había renunciado a la idea de la entrevista.

No podía creer que hubiera admitido la derrota tan fácilmente.

Esa noche no hubo segmento de héroes, solo estuvo Sam entrevistando a una mujer local sobre los nuevos planes de renovación y ampliación del teatro de Saint Louis.

Sam Reynolds estaba fuera de su camino.

Tom se sintió aliviado de deshacerse de ella. Sin embargo, aún estaba ese pequeño asunto de darle una lección.

No lo haría porque la extrañaba. Era solo que no podía dejarla librarse tan fácil. Ella le había echado a perder una semana completa y ahora era su turno de hacer lo mismo con ella.

Así que el hecho de que él estuviera allí jugando a las cartas con Elaine en busca de información no tenía nada que ver con extrañar a Sam. Era solo que Elaine era la clave para su venganza.

—Quiero decir que —continuó— primero ella arruinó mi almuerzo, luego la rueda de prensa y luego... bueno, siente esto... —Tomó la mano de Elaine y la frotó sobre un pequeño bulto en su frente—. Golpeó su cabeza contra la mía y casi me causa una conmoción cerebral. Solo quiero hacer justicia divina.

—Bueno, pues no cuentes conmigo y hazlo por tus propios medios. —Elaine recogió las cartas y comenzó a barajar—. Ella no hará nada que pueda interesarte, de todos modos. Quiero decir, ciertamente no te rebajarás a cubrir los problemas financieros de una perrera, ¿verdad?

—¿Problemas financieros? —preguntó tan despreocupadamente como pudo.

—Sí. Sam recibió una carta de la directora explicando que están teniendo problemas pues no pueden mantener el lugar y que esperan que esta nueva recaudación de fondos...

—Entonces, ¿cuándo cubrirá esa noticia?

Elaine miró su reloj.

—Llevaba la cámara esta mañana. Hablé con ella justo antes de que vinieras. Estaba tan emocionada...

Tom se levantó del asiento de un salto antes de que Elaine pudiera terminar.

—Gracias. Traeré a Ian la próxima semana.

—Oh, tú y Sam piensan que pueden sacarme información cuando les da la gana...

Era hora de darle una lección a Sam. Los pequeños rayos de sol debían mantenerse alejados de las nubes oscuras si no querían desaparecer por completo.

La perrera de Saint Louis era un pequeño edificio de bloques de cemento en el lado oeste de la ciudad. Tom aparcó al otro lado de la calle, luego observó y esperó hasta que vio a la furgoneta del noticiero Saint Louis detenerse en el estacionamiento.

Tenía ganas de silbar, pero no lo hizo, porque Tom Parker no silbaba más de lo que salvaba a chicas en apuros. En cambio, se permitió una pequeña sonrisa al salir de su auto, se ajustó la chaqueta y cruzó la calle.

Sam y el camarógrafo estaban sacando el equipo de la parte trasera de la camioneta cuando él se colocó despreocupadamente tras de ella.

—Sam Reynolds, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Ella se dio la vuelta.

—¿Tom?

Él deseó haber podido tomar una fotografía de la expresión de Sam. Estaba sorprendida de verlo.

—¿Otra coincidencia? —inquirió él.

—No te estoy siguiendo —dijo Sam más rápido de lo habitual—. Después de ese pequeño accidente en el juego de hockey pensé que tal vez tenías razón. Tal vez soy peligrosa para tu salud. Y ciertamente eres peligroso para... ¿cómo lo llamaste? ¿Mi mundo feliz? Bueno, me gusta mi fama de Señorita Positiva, y la estás arruinando, así que he dejado de seguirte. No hablaré más de entrevistas. Además, llegué aquí primero, así que no pude haberte seguido.

—Si tú lo dices —dijo con suficiente sarcasmo para hacer que ella frunciera el ceño.

No estaba dispuesto a decirle que disfrutaba molestándola. Ella le dirigió la mirada que dejaba claro que le gustaría pisotearlo. Sin embargo, algo llamó su atención. Tenía un hoyuelo en la mejilla.

No. No. Dejó ese pensamiento. No había nada sobre Sam Reynolds que disfrutara. Se trataba de darle una lección, no de mirar fijamente el hoyuelo de su mejilla.

—Entonces, ¿qué vas a cubrir hoy? —preguntó—. A ver, te gustan los títulos ingeniosos como “Los héroes de Saint Louis”. Estoy seguro de que debes tener a la vista algo fantástico para tus espectadores. ¿Qué te parece “Cuenta cuentos”, “El reporte de los vagabundos” o “Los archivos del mundo rosa”. Cualquiera cosa que no sea una noticia de verdad, ya sabes.

Se alegró de ver que ella parecía aún más molesta que un minuto antes. Oh, sí, él se estaba reconciliando con Sam Reynolds.

—Estoy aquí para hablar con la directora sobre la inestabilidad financiera de la perrera y sobre lo que la comunidad puede hacer para ayudar —dijo en voz baja.

—Oh, eso es mucho más interesante que el mundo rosa. Me disculpo.

Hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—También soy consciente de que las malas noticias son reales e importantes. Las personas deben estar al tanto de lo que pasa aquí, si no fuera por la perrera habría muchos animales vagando por las calles.

Le dio la espalda a Tom y comenzó a caminar hacia el edificio.

—Ya que eres tan buena en la multitarea, no te importará si te acompaño y te veo en el trabajo.

Sam no respondió. Tom la siguió, lo que significaba que tenía una gran vista de su pantalón ajustado.

Maldita sea. Ella podía ser un desastre andante, una mujer cuya naturaleza positiva lo molestaba, pero eso no le impedía admirar su trasero...

Tom cortó el pensamiento.

¿Se sentía atraído por Sam? Tal vez en la forma más básica, la física, pero eso era todo. Ella era demasiado optimista, demasiado enfocada en alimentar al público con humo en lugar de dar noticias reales. Una mujer como Sam no le interesaba en absoluto, al menos no en la forma más elemental.

Ella era su opuesto. No tenían nada en común. Ni siquiera el hecho de que ambos eran periodistas. Ella no tenía ni idea de lo que era ser una periodista de verdad. Después de todo, su idea de una historia importante era acerca de una perrera.

Tom siguió a Sam al edificio, perdido en la vista, cuando de repente sintió que su pie se hundía... Ni siquiera tuvo que mirar para saber en qué se había parado.

—Oh, lo siento mucho —dijo una mujer—. Iba a limpiar eso y simplemente no había...

—Este era mi nuevo par de zapatos —se quejó—. Cuando me los puse esta mañana, supe que hoy pisaría algo asqueroso. Si no hubiera sido un excremento de perro, probablemente hubiera sido un chicle o algo así. Era solo una cuestión de tiempo. No se preocupe.

Tom se detuvo. De repente, era él quien estaba preocupado.

¿Estaba tratando de hacer que la mujer se sintiera mejor? Debería haber dicho algo como: si hubiera hecho su trabajo, yo no habría arruinado un par de zapatos nuevos. O tal vez algo como: me aseguraré de enviarle una factura por el nuevo par.

Tal vez había pillado un gen de dulzura de Sam. ¿Era contagiosa la positividad enfermiza y patética?

Lo siguiente sería ver el lado más brillante de las cosas. Él sería el optimista. ¡Él! Un escalofrío recorrió su cuerpo y tuvo más que ver con su pensamiento que con el excremento de su zapato.

Atrapó a Sam sonriendo mientras él caminaba torpemente. No quería arrastrar la mierda por todo el lugar, aunque le hubiera encantado hacerlo para que aprendieran la lección y tuvieran limpio el piso. Pero simplemente no tenía energías para ninguna lección excepto la que planeaba darle a Sam.

Tuvo que salir al área del césped para limpiarse el zapato. Al final Sam estaba más divertida que molesta. Se suponía que él estaba allí para echarle a perder el día y no para joderse. Dios santo, definitivamente cada vez que ella estaba cerca pasaban cosas malas.

Justo cuando estuvo satisfecho de haber sacado la mayor parte de excremento de su zapato y regresó al interior, Sam comenzó su entrevista. Se movió silenciosamente contra la pared y la observó. Al principio, la mujer entrevistada estaba nerviosa, pero bajo la guía cuidadosa de Sam pronto estuvo respondiendo preguntas como una profesional y pareció olvidar que la cámara estaba presente.

Hablaron sobre la sobrepoblación de mascotas, el rol de la perrera en su control y la necesidad de dinero para financiar sus operaciones, pero aún más su necesidad de que las personas adoptaran mascotas antes de que tuvieran que ser sacrificadas.

—Mira aquí a Punky, por ejemplo —dijo la mujer, sosteniendo un pequeño bulldog—. Es un perro maravilloso... Un perro maravilloso que está programado para ser sacrificado esta noche si nadie lo adopta...

Sam continuó con su trabajo, pero Tom ya no la escuchaba. Estaba mirando al perro. Un animal inocente en el corredor de la muerte.

—¿Entonces, qué piensas? —le preguntó Sam a Tom después de terminar—. ¿Aún piensas que esta no es una noticia?

En lugar de responder Tom simplemente siguió mirando al perro que la directora había mostrado como ejemplo. Estaba sentado sobre sus patas traseras con los ojos tristes como si supiera que su final estaba cerca.

—Van a matar a ese perro esta noche.

—Parece un buen perro, es una pena. Es una pena que esta noticia no se transmita hasta mañana, cuando ya sea demasiado tarde para Punky. Pero con suerte otros perros encontrarán un hogar.

El perro lo miró con unos ojos negros conmovedores. Era como si acusara a Tom de dejarlo morir. Bueno, no era culpa de Tom que el perro estuviera a punto de ser ejecutado. No tenía nada por lo que sentirse culpable.

Y sin embargo, esos ojos oscuros y conmovedores eran como un disparo a través del sistema de Tom.

—¿No pueden darle una noche más? —preguntó.

—Tienen reglas, al igual que todos. Si hubieras escuchado la noticia sabrías que no les gusta esa parte de su trabajo más que a ti.

Sam comenzó a acomodar sus cosas en el maletín. El camarógrafo ya se había llevado el equipo a la furgoneta. Mientras tanto Tom metía la mano en la jaula y acariciaba la cabeza del perro.

Punky lamió su mano.

Normalmente se opondría a la saliva de un perro en su mano, pero como el pobre animal iba a morir en unas pocas horas no se quejó.

—Parece un buen chico —murmuró, más para sí mismo que para Sam.

Cuando retiró la mano sintió como si estuviera abandonando a un viejo amigo.

—Es un perro mayor —señaló Sam suavemente—. Estoy segura de que vivió una buena vida.

—Tenía un bulldog cuando era un niño.

Tom deseaba poder contestar las preguntas que veía en los ojos expresivos de Sam, pero no pudo.

Ahora no había hoyuelos, solo preocupación y tal vez incluso empatía.

No estaba seguro de por qué lo había mencionado. Sacudió la cabeza y miró los ojos del can fijamente.

Había hablado de más y ciertamente no iba a agregar que solo había tenido al bulldog durante dos días hasta que su padre descubrió que lo había escondido en su habitación y se lo había llevado a la perrera.

Como un comandante, así era como siempre había pensado en su padre. Él había afirmado que con todas las veces que se mudaban por su trabajo en el ejército una mascota era un inconveniente, que no podían darse el lujo de alimentarlo y principalmente que Tom no era lo suficientemente responsable como para cuidar de un perro.

—¿De verdad? —preguntó Sam.

—Fue hace mucho tiempo —murmuró.

Siempre se preguntaba qué le habría pasado a Pete. Esperaba que el perro hubiera sido rescatado antes de que lo sacrificaran.

Sam se acercó a la jaula y llamó al animal.

—Oye, Punky. —La cola del pequeño perro se contrajo en respuesta a su voz—. Creo que le gusto —dijo a Tom.

Por supuesto que ella le gustaba el perro, pensó Tom. A todos les gustaba Sam. Excepto él, se recordó severamente. Su optimismo lo molestaba. Al menos lo hacía cuando se recordaba a sí mismo que le molestaba.

Al necesitar ese recordatorio, dijo:

—Oh, no te sorprendas de que le gustes. Trabajas duro para parecer agradable, pero he vislumbrado a tu verdadero yo y no eres tan dulce como creen. Me gustaría que la gente supiera por qué me empujaste a ese charco en nuestra cita. Eso no fue exactamente agradable...

Durante seis meses Sam había hecho todo lo posible por borrar esa cita de su memoria, había sido la peor de la historia, sin duda.

¿Pero por qué Tom seguía mencionándola? Todo lo que Sam quería hacer era dejar atrás ese recuerdo. Al igual que lo quería hacer con Tom. Por supuesto, no lo había conseguido, no podía evitar que él se arrastrara en sus pensamientos, y últimamente incluso en sus sueños. Cosa que no había sido su culpa. Estaba haciendo todo lo posible para olvidarlo. Hasta había renunciado a la idea de la entrevista, ¿no?

¿Por qué debería importarle? Con un suspiro no pudo evitar recordar ese día.

Llovía mientras cenaban en el restaurante. ¿Qué demonios le había hecho pensar a su tía que tenía algo en común con Tom Parker? Era molesto, insolente y descarado. Había devuelto su bistec dos veces, diciendo que el cocinero no entendía bien el término. Después de la segunda vez, el camarero le había llevado lo que parecía un gran pedazo de carbón. Entonces él se había comido la carne negra como si fuera lo mejor del mundo.

Sam se había sentido aliviada cuando salieron del restaurante, ansiosa por terminar con esa cita de una vez por todas. Él la llevaría a su casa y volvería a su bonito y tranquilo apartamento; nunca más tendría que preocuparse por Tom Parker.

Mientras cruzaban la calle iban discutiendo sobre un nuevo plan de impuestos y cómo los recortes causarían dificultades económicas.

—Pero las familias trabajadoras necesitan ese dinero en sus bolsillos, no... —decía Tom cuando Sam vio que un camión se dirigía directamente hacia ellos.

—Cuidado —le había gritado ella al tiempo que le daba un fuerte empujón hacia la acera y luego saltaba en la misma dirección.

Tom cayó de cara en un enorme charco de agua.

—¿Por qué hiciste eso? —se había quejado mientras escupía.

—Un camión venía hacia nosotros... Si no hubiera actuado nos habría atropellado.

Él se había puesto de pie sacudiendo sus manos con vehemencia, como si eso fuera suficiente para liberarse del agua fangosa, por supuesto lo único que había conseguido había sido salpicarla a ella.

—Pues yo no vi ningún camión —había murmurado, mirando la calle—. Y tampoco lo veo ahora.

—Fue obvio que no lo viste, estabas discutiendo sobre los impuestos cuando lo vi. Y no lo ves ahora porque giró en esa esquina.

—Creo que simplemente me empujaste al charco porque sabías que tu posición y argumentos sobre los impuestos no iban hacia ningún lado. Y estás enojada porque dije que no deberíamos volver a salir juntos. No te gusta que te desprecien, así que te desquitaste.

—Estaba ganando la discusión, así que no había necesidad de empujarte para distraerte de una pelea que ya tenía ganada. Y, seamos realistas, tampoco me importa que no quieras volver a salir conmigo, ya que es exactamente lo mismo que yo deseo.

No había sido eso lo que había molestado a Sam, se había dicho a sí misma. Sino que Tom pensara que ella lo había empujado en un ataque de locura. Oh, él podría molestarla todo lo que quisiera, pero ella nunca empujaría a alguien a un charco por una tontería como esas.

—Tom, te empujé para que no te atropellara un camión —había aclarado.

—Reescribe la historia como quieras, pero no trates de que esté de acuerdo.

—¡Ja! Como si creyera que puedes estar de acuerdo con alguien. Eres beligerante y grosero. El tipo de hombre que solo a una madre le puede gustar...

Sam sonrió al recordar ese último comentario, apartó sus pensamientos sobre la cita con Tom y clavó los ojos en los del perro.

—A Punky también le gustas —dijo Sam.

—Creo que es hora de irnos —contestó Tom lanzándole una mirada incómoda al perro.

—¿De verdad vamos a dejar a este perro aquí para que lo maten?

—¿Qué sugieres?

—Podrías adoptarlo.

—¿Por qué no lo adoptas tú? —preguntó—. Dijiste que le gustabas.

—Bombón es celoso. Se comería a Punky.

Tom no tenía por qué enterarse de que Bombón se había suavizado los últimos meses. Incluso ya le agradaba el chico de FedEx. Estaba segura de que el gato podría acostumbrarse a Punky. Pero Sam podía notar que Tom quería al perro, aunque no lo admitiera.

Estaba aprendiendo a leerlo y no estaba segura si la idea la hacía sentir complacida o incómoda. Tal vez ambas.

—No quiero un perro.

Sam notó que miraba a Punky de nuevo.

—¿Tal vez podrías llevarlo a casa hasta que encontremos a alguien más que lo adopte? —ofreció ella—. Podría mencionarlo en mi artículo. Y no te mencionaría a ti, te lo juro. La gente interesada en adoptarlo solo tendría que ponerse en contacto conmigo.

—¿Y si nadie lo hace? Estaría atado a él.

Punky se dejó caer en el suelo de su solitaria jaula y metió la cabeza entre sus patas como si aceptara la derrota.

—No importa. Tienes razón. ¿En qué estaba pensando? No podrías cuidar de un perro.

Ella palmeó la cabeza de Punky y recogió su bolso.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Tom.

—Quiero decir que un perro requiere trabajo. Tienes que prestarle atención. Pasarlo. Dale de comer. Estarías tan absorto en ti mismo que te olvidarías de él después de un día o dos y eso sería todo para el pobre Punky.

Se dirigió hacia la puerta.

—Puedo cuidar un perro —murmuró—. Eso fue justo lo que dijo El Comandante, que no podía, pero él estaba equivocado y tú también.

Ella se volvió y forzó una pequeña risa, preguntándose quién era El Comandante. Un misterio más a la lista de Tom.

—No. No lo creo.

—Sam, puedo cuidar un perro pequeño y viejo.

—Demuéstralo —desafió ella.

—Bien. Lo haré. —Miró al perro y dijo—: Regresaré por ti, Punky. Solo déjame completar el papeleo.

Con eso Tom irrumpió en la oficina. Cuando la puerta de la perrera se cerró de golpe, Sam se inclinó y palmeó la cabeza del perro. Luego se quedó mirando la puerta.

—Entonces, ¿qué piensas de eso, Punky?

El perro se sentó en cuclillas viéndose bastante conmocionado. Justo

como se sentía Sam, sorprendida de Tom. Punky le lamió la mano.

—¿Qué debo hacer ahora, Punky? —continuó—. A él le gusta creer que es duro, pero estoy empezando a sospechar que es solo una fachada. Después de todo, rescata a mujeres embarazadas, tiene un hermano adoptivo, visita a mujeres mayores en casas de retiro y ahora está salvando tu vida.

Punky la miró con curiosidad.

—¿Tú tampoco lo entiendes? No eres de mucha ayuda, sabes

La puerta de la perrera se abrió y Tom regresó a la habitación. Entonces comenzó una cacofonía de ladridos.

—¿Lo conseguiste?

—Sí. Pero es temporal. —Sacó al perro de la jaula—. Encontraremos a alguien que te adopte. Alguien que sea bueno con los perros —dijo a Punky.

¿Tom hablaba con los perros?

No era la voz infantil que algunas personas usaban cuando hablaban con animales y bebés, pero era un tono más suave y ronco del que solía usar.

A Sam le gustaba cómo sonaba. Enviaba un pequeño escalofrío a su espina dorsal. Y también le gustaba como se veía acunando a Punky en sus brazos. Sabía que él se sentiría insultado si le comentaba lo tierno que lucía. Y de todos modos ella ni siquiera quería admitir que Tom Parker podía ser tierno.

—Bueno, me tengo que ir —anunció ella.

—¿Quieres decir que me vas a abandonar con el perro?

—Tom, dijiste que podías cuidar un perro.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas tan apresurada?

—Tengo una cita en la peluquería.

—Pero...

—Tengo trabajo. Cuida a Punky o te las verás conmigo...

Sam se hundió un poco más en la silla del salón de belleza y suspiró. Había algo en ser mimada por una hora que hacía que la tensión se desvaneciera. Podía olvidarse de hombres insufribles como T...

No, no iba a pensar en él. Simplemente se sentaría y dejaría que la estilista la entretuviera mientras daba vida a su cabello. Mimada, entretenida y sin pensar en él. Ese era su plan.

—Entonces, háblame de Libby —dijo Sam, incitando a Rita, que realmente no necesitaba mucho para hablar.

—Bueno —dijo la mujer de cabello gris—. Están de vacaciones, ya sabes. Hemos contratado a una nueva chica llamada Merry. Estuvo aquí esta mañana. Tal vez la verás la próxima vez. De todos modos, Libby y Josh llevaron a Meggie a Disney World. Entre tú y yo, Creo que Josh estaba tan emocionado con el viaje como Meg. Apuesto a que viene a casa con un par de orejas.

Sam se rio entre dientes.

—Me gustaría tener una foto.

—Veré qué puedo hacer —prometió Rita—. Me alegro de que se hayan escapado. Todo el mundo tiene que hacerlo de vez en cuando. Y hablando de escapar, quizás también deberías pensar en unas vacaciones. Todos estábamos preocupados por ti cuando estuviste en el hospital. Estoy feliz de verte de vuelta en el trabajo después de solo un par de semanas de descanso. Puedes minimizar lo que sucedió, pero fue serio.

Sin pensarlo, Sam pasó un dedo por su incisión. Incluso cubierta con una capa de tela, podía sentirla.

—Pero no fue serio. Podría haberlo sido, pero no lo fue. Y estaba lista para regresar. Lo último que necesito ahora son otras vacaciones. Lo que necesito es trabajar.

—¿Alguna vez te hablé de mi tío Bucky? —preguntó Rita.

Sam no pudo evitar sonreír. No estaba segura de cuántos de los familiares de Rita eran reales y cuántos eran personajes de ficción, pero no importaba, siempre eran interesantes.

—No, creo que no.

—Oh, no la hagas empezar —dijo Josie, la manicurista pelirroja que masticaba chicle y hacía bombas con la boca mientras salía de la habitación de atrás.

El timbre de la puerta de entrada tintineó. Las tres mujeres se giraron y entonces Tom y Punky aparecieron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —chilló Sam por la sorpresa.

Tuvo que resistir la tentación de tocar la pequeña gorra de plástico que llevaba en la cabeza donde un puñado de mechones sobresalían por todos lados. Debía de verse horrible, pero no iba a perder la dignidad.

¿Por qué demonios le importaba cómo la viera Tom Parker?

—Querida Sam, ese no es un saludo muy educado de tu parte —la regañó Rita—. Pasa adelante, muchacho —dijo a Tom.

Josie acarició la cabeza del perro que Tom llevaba en los brazos, Punky

meneaba la cola de un lado a otro sin parar.

—Creo que le gusto —dijo Josie, arrebatando al perro de los brazos de su dueño.

Rita le dio un codazo a Sam, la chica tuvo que contenerse para no poder los ojos en blanco.

—Chicas —comenzó—, el perro es Punky, es un encanto. Y el otro —agregó mirando a Tom—, bueno, él no necesita ser presentado. Es solo un tropiezo en mi vida.

—Soy Tom y es un placer conocerlas —dijo el tropiezo en la vida de Sam, mostrando a Rita y a Josie una sonrisa perfecta y encantadora—. Soy periodista, estoy aquí en busca de una historia.

—Oh, cariño, podría contarte una o dos historias —dijo Rita.

Sam pudo ver cómo Rita y Josie caían en la pequeña farsa de Tom. Oh, él podía ser encantador, pero ella sabía que solo era un truco.

—¿Qué historia, guapo? —preguntó Josie.

—Escribo un artículo para mi columna. Pienso escribir una serie sobre las personas más optimistas de Saint Louis.

Sam hizo una mueca de desprecio.

—Creo que hay algunas regulaciones de salud respecto a traer un perro aquí —dijo Sam.

—Oh, claro que no —dijo Josie—. Estos chicos son más que bienvenidos.

Rita le dio un jalón a uno de los mechones de cabello de su clienta. No entendía por qué la chica estaba comportándose de esa manera.

—Además —dijo Tom—, no solo vengo por eso. También quiero un corte de cabello.

—Oh, por supuesto —dijo Rita—. Solo deja que termine con Sam y me encargaré de ti. Ella presentará las noticias esta noche. Por eso está aquí. Quiere lucir lo mejor posible, será su primera vez en la silla grande, así que me tardaré un rato más.

—Pero no te preocupes por eso, muchacho —dijo Josie a Tom—. Te ayudaré a pasar el tiempo mientras esperas. Me gustaría pulirte y pulirte...

—¿Perdón? —preguntó Tom, sonando un poco nervioso.

Sam no pudo evitar sonreír, Tom estaba fuera de su campo de juego con esas dos mujeres, por mucho que fingiera. Después de todo podía ser divertido. Se hundió en la silla para ver el espectáculo.

—Soy Josie, la manicurista —explicó la mujer.

—Oh. Pulir y pulir... ¿mis uñas?

Había más que un indicio de alivio en la voz de Tom.

—Sí, pero estaría feliz de pulir más que eso...

—Josie —la regañó Rita, luego se volteó hacia él para presentarse—. Soy Rita Gates.

—Es todo un placer, señora.

—Oh, sí sabes cómo herir el corazón de una mujer. ¿Señora? ¡Eso es para viejas! Te lo perdono solo porque eres amigo de Sam —dijo la mujer guiñándole un ojo.

—Él no es mi amigo —aclaró Sam—. Es un grano en el...

—¿Un hombre tan guapo como este?

—Gracias —dijo Tom—, lo que pasa es que así es Sam a veces, un poco desalmada.

La chica abrió los ojos como platos.

—Escucha, Tom Parker, no estoy segura de lo que pretendas, pero ¿qué tal si lo haces en otro lugar? —dijo Sam.

—No pienso irme a otro lugar. —Él giró en su silla hasta quedar frente a ella—. Y déjame decirte por qué. Alguien me dijo el otro día que las mujeres realizan múltiples tareas, que están genéticamente programadas para hacer muchas cosas diferentes a la vez. ¿Pero los hombres? Bueno, nosotros nos centramos en una cosa solamente. Y ahora mismo estoy enfocado en ti, Sam. ¿Te sentiste halagada la última vez que sucedió? ¿Te sientes halagada ahora?

—¿Realmente quieres saber lo que estoy sintiendo ahora? Estoy...

Rita interrumpió la conversación.

—¿Dónde estaba antes de que entrara tu admirador, Sam?

—Él no es mi... no es nada mío —dijo Sam.

—No admiro a Sam en absoluto —soltó Tom al mismo tiempo, sin darse cuenta.

El salón se quedó en completo silencio.

Punto para Tom. Ese había sido un golpe directo. Ella lo sabía, por supuesto, un hombre como Tom Parker jamás admiraría a alguien como ella, aunque haberlo escuchado de su boca le había molestado más de lo que pensaba admitir incluso para sí misma.

—Bueno, gracias, Parker —contestó tratando de parecer indiferente—. Sabes cómo ir al meollo del asunto, ¿no? Puede que no quisiera salir contigo y que piense que enfatizas demasiado el lado sombrío de las noticias, sin embargo yo definitivamente sí admiro esa forma tan tajante en que usas las

palabras... No tienes pelos en la lengua.

—¿Lees mi columna? —preguntó él.

—En ocasiones. Y aunque no siempre estoy de acuerdo, eres bueno y puedo admirarlo.

—No quise decir que no admiro tu trabajo —aclaró él—. Quiero decir, para las personas que quieren ser alimentadas con dulzura y felicidad, eres una periodista perfecta.

—Vaya, Parker. Tenía razón, tienes magia con las palabras. Puedes formular una oración de tal manera que sea difícil saber si es un cumplido o una burla. Por supuesto, te conozco bien. Lo suficiente como para darme cuenta de que no es un cumplido. —Se giró hacia la mujer que estaba tratando su cabello—. Rita, ¿me estabas hablando de tu tío?

—Oh, sí, del tío Bucky. Bueno, pues él siempre decía que si no podías darte vacaciones entonces debías buscar la luz de la luna. Ya sabes...

Sam la miró pensativa.

—Rita, creo que no entiendo —dijo Sam.

A Tom se le escapó una carcajada y la chica lo fulminó con la mirada.

—Sexo, niña —contestó Rita poniendo los ojos en blanco—. Si no puedes irte de vacaciones, entonces el sexo es la mejor opción. ¿Acaso no conoces ese dicho de la luz de la luna?

Sam no contestó, estaba atragantada con su propia saliva.

—En realidad —dijo Josie—, el sexo es lo mejor, las vacaciones son solo un triste consuelo para viejas como tú y yo, Rita.

—¿A quién llamas vieja? —preguntó Rita mientras se encargaba del cabello de Sam—. Oh, oh...

—Oh, oh, ¿qué? —preguntó Sam.

—Mmm, cariño, ¿qué tan pronto tienes que estar en el noticiero? —preguntó Rita.

—¿Por qué me preguntas eso?

Sam tenía la sensación de que no le iba a gustar la respuesta.

Rita cogió una botella y la miró.

—Porque tu novio entró justo cuando te ponía la crema reveladora y quizá me distraje un poco porque usé una de cuarenta volúmenes en lugar de veinte.

—¿Qué significa eso para nosotros los no esteticistas? —preguntó Tom interesado.

—Bueno, digamos que las luces que pensaba darle al cabello de Sam no

son del tono rubio sutil que buscábamos —dijo Rita.

—¿De qué color son? —Sam preguntó, no muy segura de querer escuchar—. Tengo que volver en media hora.

Rita sacudió la cabeza mientras jugaba con los mechones de cabello decolorado.

—¿De qué color son? —preguntó Sam de nuevo.

—Amarillo pollo y naranja zanahoria —dijo Tom.

Una hora más tarde Sam estaba de pie frente a las cámaras fingiendo una sonrisa e ignorando las miradas y risas de todos a su alrededor.

—Hola, soy Sam Reynolds. Estaré sustituyendo a Dana Marcus esta noche...

A como pudo Sam logró completar el programa ignorando los mechones amarillos y anaranjados que llevaba en el cabello. Rita juró que los arreglaría el día siguiente.

Las elecciones de Sam se habían reducido a llegar tarde o hacer las noticias con el pelo como un pollo.

Ella eligió la segunda.

Rita y Josie habían tratado de convencerla de que no era tan malo como pensaba, pero Sam no las creyó. Tom, la causa del desastre de su cabello, al menos había mantenido el pico cerrado.

Cuando el programa terminó, ella se dirigió rápidamente hacia su cubículo. Tom Parker era el responsable de todo ese desastre en su cabello. Él había entrado en el salón y distraído a Rita... Maldito fuera, probablemente esa había sido su intención desde el principio.

Había querido molestarla y lo había conseguido.

—Sam —la llamó Penny, la recepcionista—. Tienes un mensaje de Tom...

—No vuelvas a pronunciar ese nombre frente a mí. Si vuelve a llamar, dile que dije... —Sam inspiró profundamente—. No importa. Solo toma un mensaje y tíralo a la basura.

—Pero...

—Gracias.

Tom Parker había tenido su venganza. Él la había culpado por todo tipo de cosas, desde empujarlo a un charco hasta un golpe en un juego de hockey, y se había desquitado. Se pasó los dedos por el cabello. Sin embargo, se había vengado de una manera muy pública. Demasiado pública.

Tom había llamado al estudio. Había llamado a la casa de Sam y todo lo que había recibido había sido un contestador automático y ninguna llamada de respuesta. Se había pasado toda la tarde tratando de contactarla. Finalmente, esa mañana se había rendido. Iba a tener que acorralarla, cara a cara.

Ella jamás le creería lo mal que se sentía... Lo suficientemente mal como para disculparse. Ni siquiera podía creer que estaba a punto de decir esas palabras del demonio...

Lo siento.

Eran dos palabras que Tom Parker solía evitar. Su padre solía decir: nunca te disculpes, nunca expliques. Había sido parte de la guía de crianza del Comandante. Tom también lo había adoptado como su lema, hasta ahora.

No podía creer que estaba parado allí en el vestíbulo del Noticiero Saint Louis, esperando para disculparse con Sam Reynolds.

—Señor Parker —dijo la recepcionista—, Sam me pidió que lo acompañara a su oficina.

Se levantó y mantuvo la puerta abierta para él, Tom la siguió por el pasillo.

—No es realmente una oficina —explicó la mujer—. Es más como un cubículo, un agujero en la pared. El Noticiero Saint Louis no escatima en gastos para su personal, déjeme decirle —agregó con una risa suave.

Era una risa diseñada para hacer que un hombre se incorporara y tomara nota, pero lo único que Tom notó fue que la mujer seguía hablando. Apenas se dio cuenta de que ella coqueteaba.

Si no había notado los atributos de la mujer ni los había apreciado con la devoción que merecían, era por culpa de Sam. Para variar.

Normalmente no solo se habría dado cuenta, sino que habría hecho algún intento para ver si la chica estaba disponible. Ahora realmente no le importaba si ella lo estaba o no. Solo deseaba que se callara. Quería concentrarse en lo que iba a decirle a Sam.

Lo siento.

¿Qué tan difícil podía ser decir esas dos pequeñas palabras?

—... y ganamos el premio el año pasado por.... —dijo la voz de una mujer en alguna parte.

Tom apenas registró su existencia. Sus pensamientos estaban en cómo disculparse.

No estaba seguro de por qué sentía la necesidad de hacerlo. Después de todo, ella lo había empujado a un charco, había dejado que su gato lo atacara, le había arruinado un filete perfecto, le había provocado acidez estomacal, le había hecho perder una conferencia de prensa y casi le había ocasionado una conmoción cerebral.

Sin embargo, él todo lo que había hecho era distraer a una esteticista. Los mechones de su cabello ni siquiera habían sido tan notorios en la televisión. Lo sabía porque la había visto la noche anterior, al igual que la había visto la mayoría de las noches.

¿Quién había salido más herido?

Él. Eso era indiscutible.

Y, sin embargo, había visto el brillo en los ojos de Sam cuando Rita se jactó de que presentaría el noticiero y luego había visto cómo su expresión se convertía en horror cuando se miró en el espejo. Entonces él se había sentido como nunca antes...

Culpable.

Y allí estaba, listo para aventurarse a un territorio desconocido y ofrecer una sincera disculpa.

—Aquí tiene, señor Parker.

Le tomó un momento registrar que la recepcionista finalmente había dicho algo que quería escuchar.

—Gracias. —Llamó al cubículo—. Sam, ¿puedo entrar?

Estaba sentada en un escritorio desordenado.

—No. Hice que Penny te trajera hasta aquí solo para poder tener el placer de echarte.

—Vamos, Sam. Tengo algo que decirte. —No esperó la invitación que obviamente no iba a recibir. Entró al cubículo y miró a su alrededor—. Buen lugar.

—Vete, Parker. No estoy interesada en las entrevistas ni en ti. Y ciertamente me disculpo por haber pensado que eras un héroe. —Se detuvo un momento y suspiró—. Sólo vete y déjame en paz.

Él movió una pila de papeles de la pequeña silla de metal contra la pared y la arrastró frente al escritorio de Sam.

—Sabes, no estás siendo muy amable. Pensé que te enorgullecías de serlo? ¿Qué pensarían los televidentes?

—Parece que sacas lo peor de mí. En este momento, no me siento nada bien. La gente que me conoce me entendería y apoyaría si supieran que es por ti. Solo vete, Parker.

Tomó el trozo de papel en el que había estado escribiendo, lo arrugó y lo tiró en la papelerera. Desafortunadamente, no tenía muy buena puntería y falló.

Tom notó distraídamente que el papel había aterrizado en el suelo a sus pies. Preguntarse qué había tirado ella era más fácil que contemplar lo que estaba a punto de hacer. Pero finalmente levantó la vista y se obligó a encontrarse con sus ojos. Un hombre podría perderse en esas profundidades color marrón oscuro, aunque él no podía darse ese lujo. Tenía algo que decir, palabras que lo ahogaban.

—Escucha, quería decirte que...

—Guárdatelo. He escuchado de ti todo lo que quiero. Oh, tal vez puedas agregar un nuevo estribillo, algo sobre que tener el pelo naranja era lo que me merecía. Bueno, tal vez lo fuera. Tal vez merecía que me humillaras en la televisión solo porque pensé que había algo más en ti que lo que la mayoría de la gente ve. Tal vez todos los correos electrónicos y llamadas telefónicas de personas que me preguntaron qué hice con mi cabello fue lo que merecía por ser una optimista. —Suspiró y se pasó los dedos por el pelo—. Escucha, cuando dije que eras un héroe, estaba equivocada. Tenías razón. Rescatarme solo fue un problema irregular en tu vida. Así que no tienes que seguir, no tienes que intentar demostrar que estaba mal. Lo admito.

Por alguna razón, escuchar a Sam repetir lo que él le había estado diciendo todo ese tiempo le molestaba. Después de todo, ¿por qué le importaría que ella lo viera como un héroe? Él no era el héroe de nadie. Era simplemente un periodista haciendo un trabajo. Por fin había logrado que ella se diera cuenta. Solo debía darse la vuelta y salir. Simplemente eso...

Pero no iría a ninguna parte, al menos no hasta que dijera las palabras, así que respiró hondo y soltó en un susurro:

—Quería disculparme.

—¿Qué?

Sam lo miró fijamente. Si hubiera tenido que describir su expresión, la habría llamado sorprendida.

No, conmocionada.

—Quería decir que lo siento.

Ahí estaban esas dos palabras. Las había dicho y vivía para contarlo. Continuó:

—Sé que en realidad no te puse el pelo de ese color, pero te seguí al salón de belleza y distraje a Rita y, bueno, instigué la situación. Sé que estabas entusiasmada y arruiné la experiencia. También lamento eso.

—Guau. —Ella parecía desconcertada—. Vaya...

—Si le dices a alguien que me disculpé, lo negaré —dijo, pero sonrió al hacerlo y pudo ver que Sam reconoció el chiste.

Ella negó con la cabeza y él pensó que podía escuchar la insinuación de una pequeña risa en su voz cuando dijo:

—No te preocupes. No lo haré. Nunca me creerían.

—Pensé que tal vez...

Tom jugó con el cuello de su camisa por un momento. De repente parecía apretado y restrictivo. ¿Alguien había movido los botones? Ese sería el tipo de broma que atraería a sus colegas.

—Bueno —lo intentó de nuevo—. Escucha, creo que ambos nos hemos comportado como niños, nos seguimos por la ciudad y eso... ¿Qué tal si salimos a cenar y realmente hablamos de todo este asunto de la entrevista?

—¿Cena? ¿Hablar? Recuerdas nuestra última cena, ¿no?

—Sí.

Se sentía caliente y enrojecido. Se quitó la chaqueta y la puso en su regazo, esperando que no tuviera manchas de sudor en las axilas de la camisa.

Estaba asqueroso, sudaba y tartamudeaba como un niño de secundaria que le pedía a una chica una primera cita.

Tom no era un niño. Había invitado a miles de mujeres a salir.

De acuerdo, tal vez solo cientos.

Bueno, tal vez menos de cien, pero más que unas pocas.

Sin importar la cantidad, nunca antes se había sentido tan nervioso. ¿Qué estaba mal con él? Esa no era una cita, más bien era como una reunión de negocios.

—¿Eres el verdadero Tom Parker? —preguntó Sam—. Quiero decir, los vapores en el salón de belleza de ayer deben haberte afectado. Amnesia. Esa es la explicación. Porque no puedo imaginar al verdadero Tom recordando nuestra primera cita e invitándome a salir, a menos que de alguna manera haya sido alterado o su memoria haya sido borrada.

—Escucha, esto fue un error. Olvídalo.

Se puso de pie y su chaqueta cayó al suelo. La recogió y, sin pensarlo siquiera, recogió también el papel arrugado de Sam, luego se dirigió hacia la puerta.

—Tom, para. Lo siento. No te vayas. —Él se dio la vuelta, mirando a Sam—. De verdad, lo siento. Siempre que estamos juntos me pongo sarcástica y mala. Y me gustaría disculparme por eso. Ese no es el tipo de persona que quiero ser. —Ella respiró hondo—. Me encantaría cenar contigo y discutir si una entrevista funcionaría para cualquiera de nosotros.

—¿Cuándo? Pasaré por ti...

Su corazón latía tan fuerte que se preguntó si Sam podría oírlo. Y sus palmas sudaban.

—¿Podemos hacerlo mañana, como a las siete? —preguntó ella—. Puedes recogerme en mi casa.

—Eso está bien para mí. Recuerdo dónde está. Nos vemos luego.

Tom se apresuró a salir de su compartimento antes de que cualquiera de los dos dijera algo que no debían. Esperó hasta que estuvo fuera del edificio para mirar el papel que Sam había tirado.

Era su columna. El artículo sobre renovar el Warner. La historia era importante en Saint Louis. El antiguo teatro había recibido mucha atención por parte de todos. Su columna no tenía nada que ver con el informe que Sam había hecho del mismo tema. Nada en absoluto.

Había algunas secciones de la columna destacadas, pero eso no era lo que llamaba su atención. Era la imagen en la que él estaba de pie frente al teatro Warner.

Alguien había dibujado una docena de flechas por todo su cuerpo. Una de las flechas apuntaba un punto muy íntimo de la anatomía de Tom que hizo que el verdadero Tom se estremeciera. Pero se dio cuenta de que era la flecha más grande de todas y si la mirabas bien, parecía...

Él sonrió. Bien. La Señorita Positiva Sam no era tan inocente o dulce como sus espectadores creían.

Y por alguna razón, el pensamiento hizo que Tom se sintiera extremadamente caliente... No en su forma habitual por el mal genio, sino en una forma excitante, que necesitaba una buena ducha fría.

Así que la Señorita Positiva Sam no era ni dulce ni inocente...

Muy interesante...

9

Tom se detuvo en la puerta rosa neón de Sam y vaciló. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Primero se había disculpado y ahora estaba arriesgando la vida o como mínimo alguna extremidad.

—Debo estar loco —murmuró.

Punky expresó su rechazo y gruñó de acuerdo.

Tom miró al perro.

—Y no sé a dónde iremos contigo. Probablemente pasarás la tarde en el auto. Lo sabes, ¿verdad?

Punky simplemente se quedó mirando a Tom con ojos de perrito.

—Salgo con una mujer que ha intentado matarme en más de una ocasión y llevo a un perro que realmente nunca quise se para que se sume a la diversión. Creo que algo anda mal conmigo. Algo que probablemente requiera medicación. No puedo creer que esté haciendo esto.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, llamó a la puerta. Cuanto antes comenzara esa cena, antes terminaría. Cuanto antes terminara, antes podría volver a ser sí mismo.

Nadie respondió.

La fortuna finalmente estaba sonriendo a Tom Parker.

—Mira, Punky, ella no está. Supongo que tendremos que irnos a casa y...

La puerta se abrió de golpe y una Sam, que no parecía lista en absoluto, apareció con unos vaqueros rotos y una sudadera de la universidad.

—Tom, llegas temprano.

La fortuna era una amante inconstante. Su escape perfecto, había sido frustrado por Sam Reynolds. Inclinandose ante lo inevitable, trató de pensar en algo que decir.

—No llego temprano. Llego justo a tiempo. —Sonó más malhumorado de lo que pretendía, pero eso obviamente no desconcertó a Sam.

Ella sonrió y dijo:

—Entonces voy tarde. Eso no es del todo inusual. Bueno, entra e iré a cambiarme. Yo...

Ella miró hacia abajo y se fijó en Punky.

—¿Trajiste al perro a nuestra cita?

Se agachó y le dio una palmadita en la cabeza al perro, que meneó la cola con entusiasmo.

—No es realmente una cita. Es solo una cena para discutir una posible entrevista. Nunca usé la palabra cita. —Quería ser muy claro en ese punto—. Y —continuó— no planeaba traer al perro. Pero él me extraña cuando estoy en el trabajo todo el día y vino a mí con su correa cuando me vio dirigirme hacia la puerta. Puede ser un perro viejo, pero es inteligente. Así que, de todos modos, ahí estaba con su correa y... bueno, no podía decirle que no. Puede esperar en el coche mientras comemos, supongo.

Dejó de hablar y en su mente repitió las palabras que acababan de salir de su boca. Él había estado parloteando. Tal vez no había sido tan malo como el primer día en el taxi cuando pensó que Sam era una mujer embarazada a punto de dar a luz, pero casi.

Tom Parker no parloteaba... Excepto, evidentemente, alrededor de Sam Reynolds.

¿Tal vez ella emitía alguna feromona que inducía a tal cosa?

—O... —dijo Sam.

—¿O?

—O en lugar de encerrar a Punky en el auto...

Punky.

Oh, sí, Punky. De eso habían estado hablando. El perro. Uf. Algo a lo que aferrarse. Podía hablar de un perro sin ningún tipo de fugas de elocución. Sin ningún discurso discordante. Sin ningún balbuceo torpe. Sin... ser patético.

—... podría quedarme con estos jeans, y simplemente ordenar una pizza, comida china o algo así, y podríamos comer aquí —terminó Sam.

—¿No te importaría? —preguntó, lo suficientemente sorprendido como para controlar sus pensamientos y su lengua.

A lo largo de los años, había encontrado que la mayoría de las mujeres deseaban restaurantes elegantes y ropa de diseñador.

—No me importa en absoluto. Prefiero mis jeans. Si comemos aquí no tengo que cambiarme. Tenía un día largo y probablemente habría cancelado la cena con alguien más.

Ella habría cancelado la cena con alguien más, pero no lo había hecho

con él. ¿Qué significaba eso? Tom no estaba seguro, pero el calor que corría por su cuerpo al pensarlo lo ponía nervioso. No iba a hablar, o de lo contrario probablemente parlotearía otra vez.

Cerró la puerta con un ruido siniestro y lo introdujo en su sala de estar aún abarrotada y llena de colores intensos.

—Entonces, ¿qué quieres comer? —preguntó ella.

—Comida China está bien.

Cuatro palabras. Así estaba bien, eso era hablar y no parlotear.

—Comida china entonces. ¿Qué te gustaría?

—Pollo dulce con vegetales.

Cuatro palabras de nuevo. Genial, era el rey de las oraciones cortas y claras. No había parloteo allí. Lo estaba haciendo tan bien que probablemente podría ser un monje y hacer un voto de silencio.

—Bueno, toma asiento, haré la llamada y luego hablaremos.

Ella se agachó y tomó un teléfono inalámbrico de debajo de una pila de periódicos sobre la mesa, exponiendo una excelente vista de su trasero y convenciendo a Tom de que no había posibilidades de que fuera un monje.

Desesperadamente, apartó los ojos de ella y se concentró en buscar un lugar desocupado para sentarse, mientras ella marcaba el número.

La casa de Sam no estaba sucia, solo estaba llena de pilas de periódicos, libros y revistas. Y, por supuesto, sus brillantes paredes amarillas y los muebles de color rojo oscuro se sumaban a la sensación frenética de la habitación. Era ruidosa y estresante. Tom prefería las cosas más tranquilas y minimalistas.

—Lo siento —dijo ella, con una mano en el teléfono, obviamente notando el dilema de su asiento—. He estado trabajando en algunas investigaciones y la sala de estar es el lugar más cómodo para trabajar. Solo mueve algo y...

Alguien finalmente contestó al otro extremo de la línea porque ella comenzó a pedir la orden.

Tom levantó una pila de periódicos de la silla, los dejó en el suelo y tomó asiento. Punky se sentó junto a la silla y se dejó caer a sus pies.

Él miró al perro y uno de los papeles llamó su atención. Era su columna y el papel estaba doblado de tal manera que sabía que Sam la había estado leyendo.

Una parte de él quería preguntarle qué pensaba sobre “A través de la objetividad”, pero la mayor parte de él no permitiría que esa parte minoritaria lo hiciera. Las opiniones de otras personas no importaban. A él no le

importaba. Ni siquiera la opinión de Sam.

Especialmente la opinión de Sam.

Sam colgó y apartó algunas revistas que estaban en el sofá hacia un lado para sentarse.

—Dijeron que estaría aquí en media hora, pero probablemente será más. Unos cuarenta y cinco minutos o una hora. Son buenos, pero no son exactamente rápidos.

Tom no respondió ya que no era necesaria ninguna respuesta. Iba a sentarse allí, esperar la comida y no parlotear.

Silencioso o monosilábico. Ese era su plan.

—Entonces, sobre la entrevista —dijo Sam—. ¿Qué tal si te digo por qué deberías hacerla y luego tú me dices por qué no deberías hacerla? Sin interrupciones, sin peleas. Solo razonamiento lógico. Como los adultos que somos.

—Suenan bien.

Dos palabras. Sí, señor, ese era el Tom Parker de siempre.

—Está bien —dijo Sam—. Aquí va. Eres un héroe. No estoy segura de por qué te molesta ese término, pero lo eres. Y hacer una entrevista no pondrá en peligro tu imagen de hombre duro. John Wayne fue el ejemplo de un hombre duro, y también fue un héroe en sus películas. La entrevista sería buena para ti, te dará un poco más de equilibrio ante el ojo público. Quiero decir, te ves como un tipo tan duro en tus columnas que sería bueno para tus lectores ver que tienes más que opiniones fuertes y sarcásticas.

—¿Por qué eso significa tanto para ti? —preguntó Tom sin poder contenerse.

Mierda. Toda una cadena de palabras. A la mierda, lo único que le interesaba saber era por qué Sam estaba tan empeñada con la dichosa entrevista.

Aunque la respuesta a ello era algo de lo que no estaba seguro si quería conocer.

Las emociones conflictivas no tenían sentido, pero entonces nada en la vida de Tom tenía sentido desde que había tropezado con Sam teniendo un pseudoparto en un estacionamiento. Así que trató de no dejar que la falta de lógica lo molestara en ese momento.

—Fue por nuestra cita —dijo—. ... Me avergüenza admitir que vi lo que querías que viera. No miré más a fondo. Desde entonces te juzgué mal. Sin embargo, ahora he visto otro lado tuyo, uno que escondes. Heroico y amable.

Eres una presa para las ancianas, los niños y los perros. Y No sé por qué me importa que la gente sepa que hay más en ti de lo que dejas ver, pero así es. Tal vez lo que quiero decir es que, por alguna razón, me importas.

Ella abrió la boca como si fuera a decir algo más, luego la cerró de golpe, dio una sacudida diminuta, casi imperceptible y aspiró profundamente. Luego continuó:

—Es tu turno. ¿Por qué no puedes dejar que la gente vea ese lado tuyo? Un lado que intentas ocultar, pero es parte importante de lo que eres.

—Mi padre fue un héroe —dijo Tom.

No podía creer que había dicho esas palabras.

—¿Perdón?

Quería callarse y no decir nada más, pero había algo en los ojos de Sam que lo alentaba a continuar.

—El Comandante —dijo—. Así es como pienso en él. El Comandante. Nunca como mi padre y ciertamente no como «papá». Estaba en el ejército y vivíamos nuestras vidas con estructura y disciplina. Y él era un héroe.

—¿En una guerra?

Apenas y registró la pregunta de Sam. Repentinamente se vio sumergido en su infancia. Cada vez que incursionaba en el pasado, lo consumía un sentimiento casi abrumador de asfixia.

Obligándose a respirar, dijo:

—No, no fue en una guerra. Eso fue lo que siempre anheló, pero nunca sucedió. Su heroísmo ocurrió una noche en que iba de camino a casa y vio un incendio. Rescató a todos. Obtuvo una medalla por ello. Era un héroe, dijeron. Pero no lo era para mí. No era lo que yo veía. Solo era El Comandante. Quien en su casa solo tenía órdenes, reglas y disciplina. Quien decía que los hombres jugaban al fútbol y no editaban el periódico de la escuela. Que los hombres ingresaban al ejército, no a la Universidad de Boston, ni siquiera aunque tuvieran una beca. Iban a West Point y salían con un título, se convertían en un oficial. —Se cortó. No podía creer que había dicho todo eso—. Lo siento —terminó.

¿Por qué le había dicho a Sam algo que nunca le había dicho a otra alma viviente? No estaba seguro Y eso lo confundió aún más.

—Como sea, no quiero ser así —continuó segundos después—. Igual que él. Era todo un espectáculo. El gran héroe. Pero no era un héroe, al menos no en casa. Siempre juré que sería diferente a él. Cuando hago algo, no lo hago para que todo el mundo lo vea, no lo hago por alfileres y medallas, lo hago por

mí. Como con Ian. No necesito reconocimiento por salir con él. Es un gran niño y nos llevamos muy bien, eso es suficiente para mí. —Hizo una pausa, un nuevo pensamiento lo embargó—. ¿Dices que soy cínico? Tal vez lo soy. ¿Abrasivo? Sí. Pero no voy a manipular todo eso y hacerme llamar héroe por una pequeña tontería. Puede que sea muchas cosas, pero no soy un hipócrita.

—¿Rescatarme te parece una pequeña tontería? ¡Salvaste mi vida! No lo entiendes, ser un héroe es una parte tan importante de tu naturaleza como ser mordaz. No solo lo fuiste conmigo. Lo hiciste con Ian. Ser un hermano adoptivo es heroico. Te ofreces voluntariamente a un niño que te necesita. Eso es ser un héroe. Allí está Punky. Lo salvaste.

—Estás malinterpretando todo...

—No. —Ella se agachó y agarró una pequeña pila de periódicos—. Quizá esas cosas te parezcan tonterías, pero además está “A través de la objetividad”.

—Eso prueba mi teoría, no la tuya. No hay nada heroico al respecto.

—¿Eso crees? —Cogió un papel y leyó—: Belinda Myers...

Tom gimió. Por qué justo esa columna en particular.

—Espera un minuto, sé lo que vas a decir, pero esa columna no me convierte en un héroe...

—Tom, esta niña fue aceptada en Harvard y estuvo a punto de no ir porque no tenía el dinero. Tu columna destacó su difícil situación y las donaciones locales y las becas que generó llevaron a esa chica a esa prestigiosa universidad. Tú eres su héroe. ¿No lo ves? Ser un héroe no es un problema, es un hecho. Tom, tú eres un héroe.

—Belinda solo fue un ejemplo para hablar de las desigualdades en la vida —dijo, desesperado por hacerse entender—. Algunas personas lo tienen todo y lo desaprovechan y otras trabajan muy duro y lo merecen, pero jamás lo consiguen. Yo...

—Eres un héroe. Y hay algo que he querido hacer para agradecértelo... No sé cuándo comenzó, pero está aquí y las ganas de querer hacerlo han ido creciendo. Yo.... —Lo miró fijamente—. Oh, qué diablos.

Sam se levantó, fue hasta él y se inclinó.

—¿Qué? —dijo Tom.

Había algo en sus oscuros ojos marrones que lo hacía sentir perseguido. Si hubiera podido encontrar alguna palabra más allá de su garganta constreñida, habría estado feliz.

—¿Qué? —repitió.

Sam no respondió. Solo se inclinó un poco más hacia adelante y entonces... lo besó.

Tom lo vio venir. Debería haberse apartado. Él pudo haberla detenido. Sin embargo, en su lugar simplemente esperó. Y cuando sus labios lo alcanzaron, no fue un ligero beso en la mejilla. Ni siquiera uno ligero en los labios.

No. Ese fue un beso totalmente apasionado, con los labios abiertos y los dedos enredados en el cabello.

10

Sam se descubrió atrapada por Tom y no pudo evitar preguntarse qué estaba haciendo. Su beso había hecho que sus rodillas se debilitaran y su presión sanguínea aumentara.

Olía a algo picante.

Caliente y picante.

No solo tenía temblorosas las rodillas, sino que estaban cediendo. Se dejó caer sobre el regazo de Tom, sintiendo como si pudiera fundirse con él, convertirse en parte de él. Se sintió repentinamente como en casa mientras envolvía sus brazos alrededor de su cuello y continuaba besándolo, aprendiendo cada contorno íntimo de su boca. No quería parar. Nunca.

¿Quién habría pensado que Tom Parker era un gran besador?

Bueno, Sam no lo había sabido hasta ese momento, pero eso no le había impedido fantasear al respecto durante las últimas noches. Había pensado que esas fantasías eran calientes, pero la realidad era más caliente aún.

Mucho más.

—Guau —dijo mientras finalmente se retiraba.

Lo miró fijamente.

¿Cómo se había perdido de eso el día de la cita? Ella, que se enorgullecía de ver lo mejor del mundo a su alrededor, de las personas que la rodeaban, solo había visto la fachada que Tom prefería que el mundo viera. Suavemente, trazó la curva de su mandíbula con su dedo índice.

—Vaya —continuó.

Tom no dijo nada. Solo se veía aturdido.

—¿Tom? ¿Estás bien? —preguntó Sam, mirando fijamente sus ojos grises.

Ojos que se estrecharon cuando preguntó:

—¿Por qué diablos hiciste eso?

Sam se levantó de su regazo de inmediato, preparándose para una pelea.

Tom iba a ser difícil. Pero eso estaba bien, pensó de repente. Era de

esperarse. Era parte de quién él era. Era parte de por qué ella se sentía atraída.

La atraía con una profunda y creciente ferocidad que la sorprendió y desequilibró su mundo. Bueno, pues estaba lista para inclinar el de él también.

Quería seguir profundizando detrás de su fachada, ansiosa por descubrir qué otros tesoros escondía con determinación detrás de su máscara.

Las líneas de batalla estaban marcadas.

Regresó de nuevo al sofá. Dejó que pensara que se estaba retirando mientras se preparaba para un ataque frontal.

—No sé por qué hice eso —admitió—. Estaba sentada aquí, escuchándote y comencé a preguntarme de nuevo cómo sería besarte. Luego, lo siguiente que supe fue que lo estaba haciendo. Y tengo que decirte que pensé que sería bueno, pero has superado mis fantasías más salvajes.

—¿De nuevo? Entonces, ¿te has estado imaginando besándome? ¿Por cuánto tiempo?

—Bueno, no fue después de esa cita. Me imaginé muchas cosas sobre ti después de esa cita, pero besarte no fue una de ellas. Ni siquiera después de que me salvaste la vida. Quiero decir, quería hablarle a la gente sobre ti, pero no lo hice. Pero últimamente, después de que te seguí y llegué a saber que había más en ti de lo que parecía... Bueno, confieso que me lo he preguntado. Nunca imaginé que podría ser así...

Ella cortó su perorata cuando Tom se puso de pie, pasó por encima del perro y se acercó al sofá.

—¿Tom? —preguntó Sam, incapaz de evaluar su estado de ánimo y de repente se sintió más que un poco nerviosa—. Me disculparé por besarte, si quieres. No lo volveré a hacer.

Esa era una mentira tan grande como un templo.

—Sí, lo harás —dijo él suavemente.

¿Acaso la voz de él sonaba a deseo? El corazón de Sam latía tan feroz y rápido que se preguntaba si no iba a explotar en cualquier momento.

—¿Lo haré?

Tom apartó el resto de los papeles del sofá y se sentó a su lado. Después se inclinó hacia ella y su aliento le acarició el cuello mientras susurraba:

—Oh, sí... lo harás si me salgo con la mía.

—Oh...

La atrajo a sus brazos de un solo movimiento. Sam se encontró completamente envuelta por Tom. Fue una sensación increíblemente buena. Él

lentamente pasó sus dedos por su corto cabello y un pequeño escalofrío le recorrió la espalda.

Había esperado algo duro y rápido, sin embargo, en vez de eso él parecía contento con solo abrazarla y tocar su cabello.

—¿Tom? Sabes que esto nos va a llevar a algo más que solo besos, ¿verdad? —Él asintió—. Necesito estar segura de que tenemos claro que no es... Quiero decir, me gustas, pero no es...

No estaba segura de cuál era la descripción correcta para su relación, pero definitivamente no era nada romántico.

Él rio.

—Sí. No soy el tipo de hombre que va a mostrarse poético y que dirá que tus ojos son pozos oscuros en los que me puedo perder fácilmente. No te lo diré. Solo te diré que quiero estar contigo. Pero no quiero lastimarte, Sam. No quiero que te pongas esas gafas color rosa de La Señorita Positiva. Solo somos dos personas que se gustan, que se atraen entre sí y quieren estar juntas.

Ella se concentró en la idea de estar con él y se negó a pensar en su exención de responsabilidad y en la idea de que él la abandonara de forma totalmente inesperada. Se obligó a ser tan casual como él parecía querer.

—No estoy buscando una propuesta, Parker. Entiendo lo que dices y creo que se acabó el tiempo para hablar.

Entonces él la besó. Y esa vez si fue tan duro y caliente como ella había esperado.

Besar a Tom parecía prolongarse para siempre. No había tiempo, solo sensaciones. Cuando su mano se movió debajo de su camisa y ahuecó su pecho a través de su fino sostén de seda, Sam pensó que había muerto y esta era su recompensa.

—Parker —jadeó ella.

Quería quitarse la ropa y quitarle la de él. No quería barreras entre ellos. Tiró de su camisa y estaba a punto de sacarla por la cabeza cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Tom sin aliento como si acabara de terminar una maratón.

Ella le había hecho eso. Le había excitado.

El pensamiento fue embriagador. Él podría decir lo que quisiera, pero Sam Reynolds estaba llegando al tipo duro, al menos de forma elemental y física.

—Probablemente sea la comida. —Se puso de pie y se ajustó la ropa—.

Me haré cargo de ello.

Cogió un billete de veinte de su bolso y abrió la puerta.

—Hola, Sam —dijo Les, el repartidor.

—Oye. Fuiste rápido esta noche.

Demasiado rápido, maldita sea. ¿Tom se enfriaría y recordaría lo mucho que le desagradaba ella ahora que había tenido la oportunidad de pensar? La idea de que el deseo que latía caliente y furioso en su sangre no llegara a su meta la hizo querer gemir.

—Es una noche lenta —dijo el chico, entregándole la bolsa—. Hace mucho frío, creo que va a nevar.

—Muérdete la lengua. Todavía no es temporada de nevadas. —Ella le dio los veinte—. Quédate con el cambio.

—Sabes que en Saint Louis, la nieve en octubre no es cosa de extrañarse. Gracias.

Sam cerró la puerta, se dio la vuelta y volvió a la sala. Avanzando con torpeza, repentinamente insegura de sí misma, esperando que Tom hiciera algún movimiento.

—Mmm, la cena está aquí. ¿Quieres comer ya?

—Esa sería una opción —dijo.

—¿Cuál sería la otra?

—Podrías poner la comida en la nevera. Entonces tú y yo podríamos ir al dormitorio.

—Creo que me gusta más el plan B. No estaba segura de que quisieras... Quiero decir, sé que no te gusto la mayor parte del tiempo y temía que lo recordaras y...

Él recorrió la distancia entre ellos, sin tocarla, pero tan cerca que ella podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo, calentándola, tentándola más. La silenció con un dedo contra sus labios.

—Shh. Estás equivocada...

—¿Ajá?

—Me gustas. Siempre me has gustado. Miro las noticias del Noticiero Saint Louis todas las noches, solo para verte...

—Solo porque mis segmentos te molestan.

—Lo único que siempre me ha molestado —dijo en voz baja— es que solo podía verte en la televisión. Eso no era suficiente para satisfacerme. Quería más...

—Pero nunca llamaste después de nuestra cita.

—Acordamos que no funcionaría...

—Podrías haberlo hecho —dijo suavemente—. No importa lo que dije. Yo... bueno, podrías haberlo hecho.

Se miraron sin tocarse. Ya no había ninguna duda sobre lo que iban a hacer.

Sam deseaba a ese hombre con una fuerza que le quitaba el aliento.

Primitiva. Feroz.

Ella quería tocarlo y, sin embargo, no quería romper el momento, ese interminable momento de exquisita anticipación. De saber que lo tendría, aprendería cada uno de sus contornos, tendría su cuerpo.

Pero no su alma.

¿De dónde había venido ese pensamiento?

Tener el cuerpo de Tom era más que suficiente para ella. Sabía que eran demasiado diferentes para desear algo más.

—La comida —dijo Tom—. Tal vez deberíamos empezar por ponerla en la nevera.

—Sí —dijo Sam dándose cuenta de que todavía tenía la bolsa de comida china en la mano.

No estaba segura de lo que acababa de suceder, pero no quería detenerse a analizarlo. Todo lo que quería era a Tom.

Puso la bolsa de comida en el refrigerador, cerró la puerta y al darse la vuelta, se topó con él.

—Lo siento.

—Yo no. —La tomó en sus brazos y la besó de nuevo, segundos después rompió el beso y preguntó—: ¿Por dónde?

—Por el pasillo, primera puerta a la izquierda.

Él la cargó.

—Tom, no tienes que llevarme —protestó ella.

—Quiero hacerlo.

—Pero soy pesada...

—Te he tomado en brazos antes. El día que pensé que estabas dando a luz. No eres pesada. De hecho, me preocupaba que no pesaras lo suficiente.

—No creo que me haya preocupado nunca por no pesar lo suficiente.

—Eres perfecta.

—Esto sí que será perfecto —dijo Sam cuando entraron en su dormitorio.

Sam miró al hombre que dormía a su lado. Deseaba tocarlo, pero no quería perturbar su sueño. Parecía tranquilo allí tendido junto a ella.

Pensó en lo que le había dicho de su padre y su corazón sangró por el niño que había sido. Se quedó mirando al hombre en el que se había convertido.

Tom era guapo. A pesar de lo horrible que había sido su primera cita, nunca había negado el hecho de que era atractivo. Pero ahora, habiendo vislumbrado al menos una parte de lo que estaba detrás de su fachada, le parecía absolutamente irresistible.

Oh, la había tocado de una manera bastante física, pensó mientras los recuerdos volvían a calentar su cuerpo. Pero él también se había conectado con ella en un nivel más profundo. Se había abierto a ella y había compartido algo verdadero e íntimo.

Extendió la mano y trazó una línea a lo largo de su brazo, lista para despertarlo y tratar de mostrarle lo que sentía.

Tal vez no tenía la palabra correcta para definirlo y no quería profundizar demasiado, pero sabía que lo quería y al menos podía mostrarlo físicamente.

Le pasó la mano por la espalda y él se volvió para ofrecerle una sonrisa perezosa y satisfecha.

—Yo... —comenzó, pero fue interrumpida.

Un fuerte golpe en la sala de estar la detuvo. Luego siguieron unos ruidos extraños.

—¿Qué diablos? —maldijo mientras se deslizaba fuera de la cama.

Tom intentó desenredarse de la sábana mientras gritaba:

—Oye, no abras la puerta. No sabes lo que hay ahí fuera. Déjame...

Pero fue demasiado tarde. Sam abrió la puerta del dormitorio y fue como si un demonio de Tasmania hubiera sido admitido. O más bien dos demonios de Tasmania.

—¿Qué...? —exclamó Tom mientras dos masas de pelo se acercaban

corriendo hacia la cama y saltaban sobre ella.

Punky y Bombón obviamente se habían encontrado y la reunión no había tenido más éxito que la primera cita de Tom y Sam.

—Sam, saca a ese gato asesino de aquí —gritó Tom, tratando de proteger al perro del gato furioso.

Ella no pudo evitar reírse de Tom mientras caminaba hacia la cama y recogía a Bombón.

—¿Dónde están tus modales, pequeño?

Se sentó y acercó al gato al pobre perro que lloriqueaba como un bebé.

—Bombón, este es Punky. Punky, Bombón. Quiero que ustedes dos se lleven bien. ¿De acuerdo?

El perro olfateó al gato y el gato ignoró completamente al perro mientras Sam le acariciaba la cabeza. Ella los puso en el suelo.

—Ahora, vayan y conózcanse —les dijo.

Bombón salió de la habitación con la cabeza y la cola en alto. Sam levantó a Punky y lo llevó hacia la puerta también.

—Ve a acostarte en alguna parte.

Cerró la puerta con una sonrisa en la cara.

—Me dejaron tiesa, qué pedazo de susto. Pensé que alguien estaba cometiendo un asesinato.

—Yo también estoy tieso —contestó Tom con una mirada pervertida.

—¿Por qué, señor Parker, en qué está pensando?

—Vuelve a la cama y te lo mostraré.

Caminó hacia la cama y preguntó:

—¿Es una sorpresa?

—Sí.

—¿Una gran sorpresa? Me gustan las sorpresas.

—Bastante grande —prometió.

Sam se lanzó a la cama y retiró las sábanas, estudiando su sorpresa.

—Mira, pues sí, es grande. ¿Crees que podrías ayudarme con eso? ¿Te parece si le buscamos un lugar?

—Oh, supongo que sí. Conozco uno oscuro y caliente que le encanta...

Tom despertó con Sam en sus brazos. Todavía estaba profundamente dormida, por lo que tuvo tiempo de estudiarla.

Su pelo corto estaba casi todo echado hacia atrás. Cualquiera que fuera el poco maquillaje que había llevado el día anterior se había reducido a manchas

oscuras bajo sus ojos. Allí, con su cuerpo presionado contra el suyo, Tom pensó que nunca había visto algo tan encantador.

No estaba seguro de cuánto tiempo estuvo así, solo observándola respirar hasta que sus párpados empezaron a agitarse y de repente se abrieron de golpe.

—Tom, ¿todavía estás aquí?

No estaba seguro de si era una declaración o una pregunta, si estaba feliz o molesta por encontrarlo en su cama. Pero cuando ella se acurrucó aún más cerca, pensó que no podía estar demasiado molesta.

Quería decirle que nunca había pasado una noche entera con nadie. Que eso era algo especial, aunque no estaba seguro de qué. Quería decirle que creía que le gustaba despertar a su lado. Sin embargo, en lugar de decir eso, dijo:

—Tengo que irme a casa y cambiarme para el trabajo.

Ella se apartó de su abrazo y simplemente dijo:

—Está bien.

Tom se sentó.

—Sobre lo de anoche...

—Tom, por favor, no te preocupes. No soy una mujer virginal que espera que me ofrezcas una disculpa por ensuciarme. Prefiero que me ensucies, la verdad sea dicha. En realidad, realmente lo disfruté mucho. Sé que esto solo ha sido una casualidad. Una fantástica casualidad.

Él sacudió la cabeza.

—Eso no es lo que quería decir... Sam, sé que dije que esto no era algo...

—Dudó un momento, tratando de pensar en cómo continuar—. Mmm, sabes creo que nunca resolvimos el asunto de la entrevista.

Lentamente, una sonrisa se extendió por su rostro. Y por un momento, todo el oxígeno abandonó el cuerpo de Tom. Ella estaba absolutamente hermosa en ese momento.

—Tienes razón —dijo Sam—. No resolvimos ninguno de nuestros dilemas sobre la entrevista.

—Cierto. La entrevista ha causado tantos problemas. Así que tal vez...

—Tom respiró profundamente y dijo—: Tal vez debería venir esta noche después del trabajo y podríamos discutirlo de nuevo.

—Bueno, eso me parece muy bien. —Ella asintió solemnemente, pero la sonrisa en su rostro arruinó el efecto—. Quiero decir, realmente no podemos dejar el asunto de la entrevista sin resolver.

—¿Y si traigo la cena? ¿Pizza?

—¿Con hongos?

—Con lo que quieras.

—¿Cualquier cosa? —Su voz estaba teñida de sugerencia.

Él sonrió, el alivio inundó su cuerpo. Iba a verla de nuevo esa noche.

—Cualquier cosa —prometió.

—Te recordaré eso esta noche.

Tom Parker salió del apartamento de Sam con una sonrisa de oreja a oreja, silbando y sintiéndose lleno de energía.

—Te ves como el gato que se comió al canario —dijo la tía Elaine la semana siguiente mientras ella y Sam jugaban a las cartas.

—¿Yo?

Sam dio vuelta a un rey y tomó la reina de Elaine. Había sido una semana gloriosa junto a Tom.

Comer juntos, pasear a Punky, hablar sobre su día en el trabajo, lavar los platos y luego pasar la noche, toda la noche, explorando sus cuerpos, aprendiendo qué complacía más. Sam había experimentado sensaciones que ni siquiera había imaginado que existieran. Y tal vez no lo hicieran... no sin Tom.

De alguna manera, en los últimos días, se había convertido en parte de su vida. A pesar de que no sabía qué papel jugaría en su futuro, mientras tanto lo que tenían era maravilloso.

—Más que un canario —dijo la tía Elaine mientras recogía el diez de Sam con un as.

La chica se dio cuenta de que su tía la estaba estudiando y trató de borrar a Tom de su cabeza.

—Parece como si te hubieras tragado un avestruz, o algo aún más grande. Entonces, ¿qué hiciste ahora? ¿Te ascendieron?

—No. Aunque estuvieron contentos con mi actuación la noche en que presenté el noticiero, a pesar del pelo naranja, no me han vuelto a dar la oportunidad.

—Entonces, ¿qué otra cosa podría hacer que te vieras tan... —Elaine de repente sonrió y dio un pequeño grito—. ¡Gané!

Sam la miró con desconfianza.

—Me gustaría saber cómo haces para siempre conseguir todos los ases.

—No todos —dijo Elaine con una sonrisa—. Obviamente has estado reteniendo algunos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que finalmente lo has hecho. Has encontrado a un hombre. Espera a que se lo cuente a las chicas. Nos hemos preocupado por ti. Una carrera está muy bien, pero una carrera y un hombre está aún mejor.

Sam sabía que estaba atrapada y lo admitió con una sonrisa.

—Oh, sí... está bien.

Recordó la noche anterior y cuánto mejoraba cada vez. Y no era tanto el sentido físico, aunque eso también mejoraba. Era el lado emocional.

Tom realmente se estaba abriendo a ella. Le había contado sobre su padre y su infancia. Solo pequeños fragmentos aquí y allá, pero ella había podido juntar el resto. Un niño inteligente y sensible criado por un padre duro y machista.

Tom trabajaba con esmero en su imagen de hombre duro. Pero debajo de eso, había un lado sensible que todavía prosperaba. Tranquilamente. Secretamente. Pero si sabías dónde mirar, allí estaba.

—¿Cuánto tiempo has estado viendo a ese hombre? —preguntó Elaine.

—¿Viéndolo en serio?

La tía Elaine asintió sin decir nada, estudiando a Sam.

Al sentirse como un insecto bajo un microscopio su sobrina dijo:

—Una semana.

—¿Y?

—Y eso es todo. He estado viendo a un chico de una manera bastante seria durante aproximadamente una semana.

—Supongo que serio significa dormir con él.

Antes de que Sam pudiera encontrar una respuesta, Elaine continuó:

—Bien por ti. Necesitabas un hombre en tu vida y, más específicamente, un hombre en tu cama. Deberías tener a alguien que ponga rubor en esas mejillas.

Sam pensó en las cosas maravillosas que Tom le había hecho la noche anterior y en las que ella le había hecho y supo que definitivamente tenía razones para tener color en las mejillas.

—Entonces, ¿vas a decirme quién es o tengo que adivinar? —preguntó Elaine.

Sam se rio entre dientes.

—Nunca lo adivinarías.

—Apuesto a que puedo hacerlo con solo tres conjeturas.

—Apostaremos un helado.

—De acuerdo. —Elaine se detuvo un momento y dijo—: Jerry, ¿ese tipo al que entrevistaste hace unas semanas?

—No.

—Ese tipo Steve. El camarero.

—No es camarero. Es dueño del restaurante y no, no es él.

Como si pudiera leer la mente de Sam, la tía Elaine soltó:

—Tom.

—Lo supiste todo el tiempo —acusó Sam.

Una mirada al rostro de su tía respondió la pregunta antes de que Elaine pudiera expresarlo con palabras si quiera.

—Por supuesto que sí. Después de todo, ¿alguna vez me has visto hacer una apuesta sabiendo que voy a perder?

—No. Entonces, ¿qué helado quieres?

—Olvídate del helado. Solo quiero que seas feliz. Sé muy, muy feliz.

—Espero serlo. No sé a dónde va esto, pero en este momento todo va genial.

—Estoy disfrutando de esto —dijo Sam, haciéndose eco de los pensamientos de Tom.

Habían tenido una cena tranquila y temprana en un popular restaurante. Y ahora estaban abrigados contra el viento frío de octubre, caminando por la playa.

—Yo también —contestó finalmente.

Había tanto que quería decirle a Sam, pero no sabía cómo juntar todas las palabras. Después de haberse preocupado por decir no demasiado, ahora se preocupaba por no poder decir lo suficiente. Aunque la playa oscura hacía más fáciles los largos silencios.

Él extendió la mano y tomó la de ella.

Tenía problemas para expresarlo, pero seguramente ella entendería que le estaba contando lo especial que era esa noche, lo especial que había sido cada noche durante la última semana a su lado.

Que ahora todo era especial por ella.

La luna de otoño era grande, brillante y redonda, arrojaba suficiente luz para que pudieran ver claramente a pesar de la noche. Se detuvieron y se quedaron en silencio mirando hacia el mar.

—La luna envía una pequeña onda de luz a través del agua —dijo sin pensar—. Casi como un puente, desafiándote, rogándote que lo cruces.

—Eso es poético, Tom.

Al darse cuenta de cómo lo había llamado, Tom en lugar de Parker, y que tenía razón, era casi poético, él tuvo una extraña sensación en la boca del estómago.

Cuando estaba cerca de Sam, decía, hacía e incluso pensaba cosas desconcertantes.

—Es hora de irnos —dijo, esperando ocultar la confusión que estaba sintiendo—. No debemos estar en la playa al anochecer.

—Oh, somos unos violadores de la ley, ¿no es así? Bueno, si vamos a

violiar la ley, realmente lo haremos como Dios manda. Vamos a sumergirnos.

Ella rio. Era como el sonido de la lluvia golpeando el concreto calentado por el sol en primavera: cálido y acogedor. Contagioso.

—Tienes que estar bromeando —replicó, tratando de sonar severo, pero sospechando que su sonrisa lo delataba—. El agua debe estar helada. Lo juro, es lo suficientemente frío como para nevar.

—Vamos, Parker. Vamos. Te aseguro que el agua no estará tan mal.

—Estás loca.

—Tú eres el que habla sobre ondulaciones rogándote que camines sobre ellas. Seamos atrevidos.

—Oh, puedo ver los titulares ahora. «Reporteros destacados aparecen congelados en la orilla de la playa».

A pesar de sus palabras sabía que sí ella insistía, saltaría al mar incluso si estaba congelado. Todo lo que tenía que hacer era sugerir algo y él intentaría cualquier cosa solo para verla sonreír... para escuchar su risa.

Sam se desabrochó la chaqueta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Parker, denunciarme con la policía?

—Sam —dijo tratando de fingir advertencia en su voz.

—¿Me vas a esposar? ¿Es eso lo que disfrutas, Parker, esposar a las mujeres?

Se quitó la chaqueta.

—No, eso no es lo que quise decir y lo sabes. Es hora de irnos.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—No tienes ningún sentido de la aventura, Parker. Tienes suerte de que yo esté aquí para animar las cosas.

—Camina mientras hablas, Sam. Voy a sacarte de esta playa antes de que comiences a desnudarte. Nuevamente. Vamos.

—Cuando dices que nos vayamos, ¿quieres decir cada uno a su casa?

—Esperaba que me invitaras a tu apartamento.

—No. —Él distinguió la pequeña sacudida de su cabeza—. No esta noche. Pero podríamos ir al tuyo... Quiero decir, has estado en mi apartamento toda la semana y no me has invitado al tuyo.

—¿Por qué quieres venir al mío? —preguntó.

—El lugar donde vives revela detalles sobre ti. Tal vez solo quiero saber todo lo que pueda sobre ti.

—¿Por qué?

—Porque tal vez yo...

—¿Tu qué? —incitó él.

A la luz de la luna, Tom pudo ver cierta seriedad en el rostro de ella dijo:

—Tal vez yo e...

Un reflector la golpeó en la cara y la seriedad fue reemplazada por la sorpresa.

—Soy el guardaparques. ¿Qué están haciendo ustedes dos en la playa? El parque se cierra después del atardecer.

—Oh, disculpe —dijo Tom—. Ya mismo salimos.

—Me quiere llevar a su casa para hacer estragos —gritó Sam con sorpresa, dando paso a la estupidez.

—Sam —advirtió Tom.

—Es una especie de dictador, pero es bueno haciendo estragos. —Sam le dio una palmadita en el brazo—. Solo que nunca me ha mostrado su apartamento. Nunca lo he visto. Ha estado en el mío varias veces y ni siquiera me ha invitado al suyo. Eso no está bien, ¿verdad? Quiero decir que deberíamos alternarnos o algo así.

—Me gusta mi privacidad —se quejó Tom.

—Sabes, ella tiene razón —dijo el guardabosques cayendo en el juego.

—Punto para mí —dijo Sam con una sonrisa.

—Salgamos de aquí —murmuró Tom tomándola del brazo.

—Si no vamos a tu apartamento, entonces voy a quedarme aquí haciendo huelga.

Se sentó en la arena y se cruzó de brazos y piernas.

—Sam, estás siendo infantil —dijo Tom.

El guardabosques observó la situación desde detrás de su linterna. Tom no tenía que verlo para saber que se estaba riendo.

—¿Yo? ¿Soy infantil?

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Bien. Puedes venir a mi apartamento.

—Caramba, Parker —dijo ella, levantándose y sacudiéndose la arena—. Esa fue una invitación tan cortés... ¿Cómo se supone que una chica podría negarse?

—¿Supongo que los dos se van ahora? —preguntó el guardaparques.

—Sí —dijo Tom serio.

Se retiraron en silencio.

—Gracias —dijo Sam un par de horas después mientras caía desnuda a

su lado—. Eso estuvo bien.

—¿Bien?

Tom sonó insultado y eso la hizo querer reír, pero trató de parecer seria mientras asentía.

—Muy bien. Y hablando de bien, tu apartamento también está muy bien. No es lo que esperaba.

—¿Que esperabas?

Sam no respondió. No estaba segura de lo que había esperado, pero no era un majestuoso apartamento de ladrillos en un viejo vecindario de Saint Louis. No era un lugar lleno de antigüedades y colores cálidos. Era más bien un lugar moderno, práctico y cómodo; como Tom.

Se sentía tan cálida y segura allí como se sentía en los brazos de Tom. Como todo lo demás sobre él, su hogar la había tomado por sorpresa, pero cuando lo pensó, se preguntó por qué. Era muy él.

—Me gusta —dijo ella, en lugar de ofrecer una explicación—. Y me gustas, ya sabes.

La atrajo hacia sí. La suave manta que cubría su pecho le rozaba la mejilla y le hacía cosquillas, pero ella no se apartó.

Envuelta en Tom, se sintió lo suficientemente valiente como para decir lo que la había estado intranquilizando durante tanto tiempo.

—Más que gustarme, te quiero. No creas que tienes que responder nada. No te voy a preguntar si sientes lo mismo. Solo tenía que decírtelo.

Ella esperó, segura de que Tom tendría algo que decir, porque él siempre tenía algo que decir. Pero en lugar de palabras, lo único que oyó fue su respiración profunda.

Estaba dormido.

Se había perdido su declaración. A Sam no le importó. Lo diría de nuevo, una y otra vez hasta que él se diera cuenta de que ella lo decía en serio.

Hasta que él también lo dijera.

Porque aunque no había dicho las palabras mágicas, Sam sospechaba que también sentía lo mismo.

Con la certeza de La Señorita Positiva, creía que era solo cuestión de tiempo para que él lo admitiera.

Sam Reynolds estaba enamorada de Tom Parker.

Ahora todo lo que tenía que hacer era hacerle ver que él también lo estaba de ella.

Tom caminó del estacionamiento al edificio de oficinas y se dio cuenta de que estaba tarareando.

Había vivido muchas novedades desde que había conocido a Sam. Se había disculpado; había compartido cosas con ella sin siquiera darse cuenta; había parloteado. ¿Pero tararear?

Entonces se dio cuenta de otra cosa: era feliz.

Podía abordar una multitud de adjetivos y aun así no lograría describir completamente las profundidades de su felicidad.

De vez en cuando aparecía una inquietante preocupación por su antiguo yo cínico, diciéndole que este tipo de felicidad no podía durar, pero él lo ignoraba.

No estaba seguro de cuánto duraría, no estaba seguro exactamente de lo que sentía por Sam, pero estaba seguro de que, fuera lo que fuera, en ese preciso momento, era feliz.

Sin embargo, dejó de tararear. No quería que los chicos de la oficina lo escucharan. La cantidad de burlas que recibiría serían insoportables. Se aferraría a la sensación y la disfrutaría en privado.

Se apegaría a su típico ceño fruncido en la oficina. Allí no había oficinas individuales, si no que era una gran sala con un montón de escritorios y archivadores, teléfonos que sonaban sin parar y el toque constante de los teclados colectivos.

Para Tom las vistas y los sonidos eran reconfortantes. Hacían que su sangre comenzara a bombear. Eran tan familiares, como volver a casa. Se deslizó en su silla y encendió la computadora.

Tal vez la razón por la que se sentía tan cómodo en la casa de Sam era porque ella se parecía mucho a la oficina: ruidosa y un poco caótica y porque cuando estaba con ella también sentía que su sangre comenzaba a bombear con más intensidad, era como si estuviera en casa.

—Oye, si es Tom Parker, el héroe de Saint Louis —dijo Todd Samuels, el periodista deportivo del periódico.

Estaba de pie junto al escritorio de Tom, sonriendo de tal manera que Tom supo que el bromista del periódico estaba tramando algo.

—¿De qué estás hablando, Samuels?

Una sensación oscura envolvió la felicidad que había sentido momentos antes.

Desde detrás de su espalda, el hombre calvo con barriga y molesto sentido del humor sacó una llave que colgaba del extremo de una cuerda.

—Por los poderes que me confieren, ahora te otorgo las llaves de la ciudad... Bueno, al menos las del baño de hombres.

Tom no le siguió la corriente. Simplemente miró a Samuels y esperó, seguro de que había más.

—Sí, las llaves de la ciudad para Tom Parker, rescatador de mujeres embarazadas. —Samuels se detuvo y añadió—: Solo que esa que rescataste no estaba precisamente embarazada, ¿verdad?

—Samuels —advirtió Tom, la sensación de oscuridad empeoró.

Martin, quien era el dueño del escritorio que separa a Tom y Samuels, era todo oídos, al igual que la mitad del personal de la oficina.

—¿De qué hablas? —preguntó Martín.

Samuels se echó a reír y dijo:

—Hace aproximadamente un mes, nuestro Tom Parker llevó a una mujer embarazada al hospital pensando que estaba a punto de dar a luz, solo que no estaba embarazada. Era esa chica... Sam Reynolds, la del Noticiero Saint Louis, mientras él estaba en uno de sus locos atuendos en busca de una historia.

—¿Entonces por qué la llevó al hospital? —dijo Martin.

—Por la apéndice. Estaba lista para reventar y aquí Parker básicamente le salvó la vida.

—Samuels —dijo Tom, infundiendo tanta advertencia como pudo en su tono.

—Oh, ¿te avergoncé? —preguntó Samuels con inocencia en su voz—. ¿No quieres que la oficina sepa que eres un blando cuando todo ya está dicho y hecho?

La sensación de oscuridad fue reemplazada por sensaciones apagadas y ardientes. Sam lo había traicionado. El problema no era que la oficina lo supiera, aunque estaba seguro de que iban a hacer todo lo posible por hacer de su vida un infierno, el problema era que había confiado en ella.

Aunque ella le preguntaba todos los días, y todas las noches, si iba a hacer la entrevista, él siempre terminaba bromeando al respecto y no daba ninguna respuesta.

A pesar de que bromeaban acerca de reunirse para hablar sobre la entrevista, él creía que ella era consciente de que eso nunca iba a suceder. Solo se encontraba con ella para...

La decepción lo inundó. Debería haberlo sabido. Lo de él y Sam no podía durar para siempre. Había sido estúpido pensar que había algo más que un

destello momentáneo de pasión. E incluso esa chispa se había apagado en el momento en que se dio cuenta de que ella había ido tras de él y contado la historia.

Su historia privada.

—Oye, Parker, ¿a dónde vas? —llamó Samuels—. No quise hacerte enojar. Solo estaba bromeando.

—Vamos, Parker —dijo Martin.

—Volveré —dijo Tom simplemente mientras salía de la oficina.

No hubo ningún tarareo cuando entró a su coche. El Comandante tenía razón, no se debía contar con nadie más que uno mismo.

Él había empezado a contar con Sam, y ella lo había decepcionado. La idea lo volvió loco mientras conducía del periódico al noticiero.

Había confiado en ella, tal vez había sentido más de lo que debería. Y ella lo había utilizado. Tom le había explicado sus razones, y aun así no le había importado.

—Necesito ver a Sam —le dijo a la recepcionista mientras irrumpía en la oficina del Noticiero Saint Louis.

Penny se había acostumbrado a verlo, por lo cual solo sonrió y agitó su mano.

—Supongo que ya sabes el camino.

Sí, pensó mientras se abría camino a través de la oficina, lo sabía, pero lo iba a olvidar tan pronto como tuviera esa última reunión.

—Tom —dijo Sam con una cálida sonrisa en su rostro—. ¿Qué pasa?

—Lo publicaste.

Ella parecía confundida. Era una buena actriz, ya lo había demostrado. Lo había hecho pensar que realmente le importaba, pero solo buscaba obtener su entrevista, de una forma u otra.

—¿Perdón?

—Confíé en ti y me traicionaste. Ahora todos en la oficina lo saben. Sabías cómo me sentía con ese título de héroe y me nombraste así de todos modos. ¿Esperabas que mi jefe se enterara de esto y estuviera de acuerdo contigo en que era buena prensa, entonces me presionaría a participar en tu entrevista? Bueno, pues no va a ser así...

—Tom, yo no...

—Se lo dijiste a alguien.

—Escucha, en el hospital se lo dije a la tía Elaine y a Diane, pero ninguna de las dos diría nada. Apostaría mi vida en ello. La tía Elaine ni

siquiera te mencionó que lo sabía porque yo le dije que no lo hiciera. Tom, te juro que no se lo dije a nadie más.

—No te creo.

Esa cierta sinceridad que Tom vio en las palabras de Sam hizo que se detuviera un momento. Una pequeña voz en su cabeza le susurró que tal vez ella estuviera diciendo la verdad. Apartó la duda de inmediato. No la creía y no podía permitirse creerle.

—Tom... —jadeó ella.

—No vine aquí por excusas. Le dijiste a alguien en mi oficina. Samuels y Martin lo saben ahora. Solo vine a decirte que esto fue un error.

—¿Esto?

—Tú y yo... lo que sea que teníamos. Sabíamos que no duraría y no nos equivocamos. No quiero saber más de ti, ni tampoco haré ninguna entrevista.

—De acuerdo.

Tom no estaba seguro de qué había estado esperando, pero había sido más que un «de acuerdo».

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Ya te dije que no se lo he dicho a nadie y no me crees. Entonces, ¿por qué me creerías si te digo que lo nuestro era más profundo de lo que pensamos al principio? Ahora ni siquiera yo lo creo, porque algo profundo implicaría confianza y es obvio que no confías en mí. Tenemos que terminar esto, sea lo que sea, ahora. Adiós, Tom. Ha sido, bueno, no exactamente divertido, pero interesante. Y gracias por salvarme la vida. Puede que no signifique mucho para ti, pero significó todo para mí...

—¿Eso es todo?

—¿Qué más querías que dijera?

Ella lo miró y él creyó ver el indicio de algo, tal vez optimismo, en su expresión. Pero a medida que el tiempo se alargó y él permaneció en silencio ese destello se desvaneció.

Lo peor de todo era que Tom no tenía ni idea de lo que había esperado cuando la confrontó. Había estado fuera de su elemento desde el momento en que Sam había vuelto a entrar en su vida. Todo lo que sabía era que era hora de irse.

—Adiós, Sam.

—Adiós —susurró ella mientras observaba al hombre que quería salir de su vida.

¿Gafas de color rosa?

Todos decían que las usaba, pero en ese momento parecía que no podía encontrarlas. No podría pensar en el lado positivo de esa situación. No podía sentirse ni siquiera un poco optimista.

¿Qué demonios había estado pensando? Tratando de hacerse a la idea de que Tom estaba cambiando. Que había una oportunidad para ellos.

No había nada entre ellos y mucho menos un futuro. Había sido una tonta, viendo solo lo que quería ver cuando todo el tiempo había sido simplemente lujuria y nada más. Pues bien. Ella podría vivir con eso, o al menos aprendería a vivir con eso. Pero primero necesitaba algo de tiempo. Era hora de poner lo que fuera que había estado creciendo entre ellos en la cesta de la basura. Iba a darse permiso para revolcarse en la miseria que la atormentaba y después lo sepultaría para siempre.

—Paul —dijo ella mientras entraba a la oficina de su jefe—. Tengo que tomarme un tiempo libre. Tiempo personal.

—¿Hay algo mal?

—No. Escucha, solo necesito un tiempo libre.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de días. Tengo muchas vacaciones acumuladas.

A pesar de ello no le dedicaría a Tom más que unos días. Luego volvería al trabajo y dejaría atrás todo el desafortunado incidente.

La fachada de Tom podría haberse resquebrajado en alguna ocasión, pero él había vuelto a pegarla. No había esperanza de llegar al hombre que escondía detrás.

Sam admitía la derrota.

No era tan masoquista como para seguir alimentando el cuento de hadas que había vivido en su cabeza.

Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que Paul, el director de noticias, estaba hablando.

—... también tienes un tiempo personal que te debo. Solo ve. Cubriremos las cosas aquí. Hablaré con Diane. No te preocupes.

—Gracias.

Sam se dio la vuelta y salió de la oficina. No iba a preocuparse. Iba a seguir con su vida, tal vez un poco más sabia y mucho menos como La Señorita Positiva, pero seguiría.

Esa tarde Tom se sentó en su escritorio y tecleó, pero fue simplemente un revoltijo de letras. Repasó una y otra vez su conversación con Sam y algo no le calzó. Ella había negado haber filtrado la información. Pero si no lo había hecho, quién lo había hecho entonces.

—Oye, ¿Samuels?

—Parker. Escucha, lamento haberte molestado. Cuando Stella me contó que salvaste a Sam...

—¿Stella? ¿Quién es Stella?

—Ya sabes, la enfermera del hospital que he estado viendo desde hace unas semanas. Era la enfermera de Sam y había preguntado por ti justo después de que despertó. Envió a Stella a buscarte, solo que ya te habías ido. Yo estaba hablando sobre la oficina y ella lo mencionó. No quise molestarte.

—No lo hiciste. En realidad, no...

—Si eso no te molestó, entonces no quiero saber qué te molesta realmente...

Tom se dio la vuelta, simplemente se alejó de Samuels y salió de la oficina.

¿Qué había hecho?

Había acusado a Sam y había roto las cosas con ella. ¡Y ella no había hecho nada! Había llegado a una conclusión errónea sin siquiera detenerse a pensar con calma. Así no era como él se comportaba. ¿Por qué lo había hecho con Sam?

Porque estaba asustado.

—Oye, Parker, ¿a dónde vas ahora?

—A componer una cagada.

Estaba aterrorizado por la fuerza de sus sentimientos hacia Sam.

Ella lo había creído valiente, un héroe. Pero no era más que un cobarde. Se había dado cuenta de eso a los pocos minutos de salir de la estación del Noticiero Saint Louis.

Sentía tanto por ella que lo hacía sentir inseguro y asustado.

Bueno, era hora de superar su miedo y recuperar a Sam. Iba a tener que arrastrarse. Lo sabía. La razón por la que había estado tan enojado era porque ella lo había traicionado y él...

Él la amaba.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer al respecto? Pedir disculpas. Ese sería su primer paso. Gracias a Dios se estaba volviendo bueno en decir que lo sentía. Una vez que lo hiciera, se preocuparía por el siguiente paso.

Demonios, esta vez su nivel de estupidez había cruzado los límites.

Hombres.

Sam se llevó una gran cucharada de helado a la boca.

Hombres.

No podías vivir con ellos... ni sin ellos. El helado se derritió en su paladar, goteando hacia su garganta. Eran sapos, todos eran unos malditos sapos; los príncipes no existían.

Apuñaló otra cucharada contra el helado y tomó un bocado aún más grande. No, los hombres eran peor que sapos, eran las verrugas sobre los sapos. Eran las hemorroides de los sapos.

Lloriqueó un poco al recordar los buenos momentos con Tom y lo estúpida que había sido por ilusionarse como una colegiala. No importaba cuán frío estuviera el helado, no era suficiente para enfriar su corazón.

Se sentó en silencio, reprendiéndose a sí misma que no importaba cuán enojada o dolida estuviera, no tenía derecho a condenar a un género entero por culpa de Tom. El problema no eran los otros hombres. Era él. Un solo individuo de la especie masculina.

Tom Parker.

Él era todo lo que ella originalmente pensó que era. Su acto de heroísmo había sido, tal como él mismo lo había afirmado, una pequeña casualidad.

Saboreó el dulce del helado, ahogando los gemidos que venían antes del llanto. Normalmente el helado arreglaba casi cualquier cosa, pero ese día no. A pesar de la cantidad que había consumido, su ira y su dolor no hacían nada más que volverse más y más fuertes. Necesitaba hacer algo.

Como patear a Tom, por ejemplo. Sin embargo, ella no apoyaba la violencia. Entonces, en lugar de patearle el trasero, se puso una sudadera y salió a correr. Odiaba correr.

Era un día frío y lluvioso de otoño. Tan miserable como se sentía ella.

Cada paso frío y húmedo solo la hacía enojar más. Y el esfuerzo físico no ayudaba mucho al respecto. Odiaba sudar y hacer ejercicio.

Para cuando regresó a su edificio, estaba al borde de la histeria. El calambre, causado por correr con el estómago lleno de helado, empeoraba todavía más su humor. Sin embargo, a pesar de todo, era mejor lidiar con el enojo que con el dolor. Solo por eso ir a correr había resultado una buena idea.

Justo estaba doblando la esquina hacia su apartamento cuando vio a Tom de pie frente a su puerta. Fue allí cuando su ira estalló.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que verte.

Ella sacó las llaves y se dispuso a abrir la puerta.

—Ya me has visto, ahora vete.

—¿Por qué estás toda mojada?

—Estaba corriendo.

Tartamudeaba tratando de meter la llave en el ojo de la cerradura. No parecía encajar. Debía haber agarrado la llave equivocada. Esa tenía que ser la respuesta. Era mucho más aceptable que la idea de que Tom la había puesto tan nerviosa que estaba temblando y no podía controlarse el tiempo suficiente para meter la llave en el agujero.

—¿Estabas corriendo con este clima? Atraparás una neumonía y te llevará de regreso al hospital.

—No te preocupes, me han pasado cosas peores.

Finalmente, la llave se deslizó y ella abrió.

—Siento lo de esta tarde.

—Bueno.

Empujó la puerta un poco, sujetándose de la manija.

—Quiero decir, ya descubrí de dónde sacó Samuels su información. ¿Recuerdas a una enfermera llamada Stella?

—Stella fue muy agradable conmigo. A diferencia de algunas personas...

—Ella también te recuerda y le dijo a Samuels que cuando sufriste de apendicitis estuviste buscando al tipo que te había llevado al hospital, Tom Parker...

—Bueno.

Se encogió de hombros.

—Lo siento.

—Yo también.

Lamentaba haber estado equivocada pensando que ambos estaban construyendo algo.

Una relación.

Sí, eso es lo que ella había imaginado. Pero se había equivocado. Una relación requiere confianza, respeto mutuo y él no sentía eso por ella.

—Entonces, ¿todo bien? —preguntó Tom.

—Todo bien. Ahora, si me disculpas.

Entró en el apartamento, aferrándose a la puerta para que él no pudiera entrar.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Pensé que habías dicho que estábamos bien.

—Lo estamos. Estoy bien aquí y tú estás bien donde sea que quieras estar mientras no sea aquí.

—Sam, lo siento...

—Yo también. Lamento haber olvidado que tu taza siempre está medio vacía. Pensé que algo crecía entre nosotros, algo especial. Me puse esas malditas gafas color rosa, me mudé a mi mundo feliz y estuve convencida de que las cosas iban a funcionar entre nosotros... Me equivoqué...

—Las cosas pueden funcionar entre nosotros. Quiero que lo hagan.

—No, no lo quieres. Si lo quisieras, habrías confiado en mí aunque solo fuera un poco. Pero no, a la primera oportunidad que tuviste dudaste. Creo que te sentiste aliviado de tener una excusa tangible para romper las cosas conmigo.

—No, eso no es así. —Se pasó la mano por el cabello—. No quiero romper las cosas.

—No importa, ya están rotas. Tú ganaste. La vida apesta. Hemos terminado. Las gafas de La Señorita Positiva se han desconchado y he regresado al mundo real. He aprendido que la vida no siempre tiene un final de cuento de hadas. No eres un héroe y nunca fui una princesa que necesitaba ser salvada.

—Pero yo...

—Adiós, Tom. Tengo que cambiarme.

Sin más demora le cerró la puerta en la cara.

¿Qué había hecho Tom y cómo iba a solucionarlo?

Esas dos preguntas lo golpearon como si fueran una patada en el estómago. Había ahuyentado a la única mujer que le había importado. La única

mujer a la que amaba.

Había pasado mucho tiempo sopesando la palabra amor, como si estuviera midiendo su uso para alguna columna. Y no importaba cómo se justificara, era la mejor palabra para describir sus sentimientos por Sam.

Él la amaba.

Tom Parker amaba a Sam Reynolds.

Eso era lo que él quería decirle y nunca podía. Dos palabras cortas que se le dificultaban como si fueran un gran texto. Además, deseaba ir más allá. Abrirle su corazón, explicarle sus sentimientos y la profundidad de los mismos.

Tom decidió ir a visitar a Elaine. La encontró en el solárium jugando solitario.

Solitario.

Así era como él iba a terminar. Solo por el resto de su vida. Tiempo atrás eso no le habría importado. Sin embargo, ahora una vida sin Sam no le parecía una gran vida.

—Elaine —dijo mientras se sentaba frente a ella.

—Me imaginé que vendrías. Ciertamente metiste la pata bien hondo, muchacho.

—No quise hacerlo.

—Lo sé. Eres un hombre y los hombres son propensos a meter la pata siempre. Pensaba que Sam era lo suficientemente inteligente como para saber eso. Pero la chica te puso en un pedestal...

Tom resopló. ¿Pedestal?

—No lo creo —dijo—. Lo que pasa con Sam es que ella me vio tal cuál soy y le gustaba de todos modos, hasta que llegó al fondo y descubrió mi peor parte.

—Oh, Tom Parker, ¿te vas a rendir?

—No sé qué más hacer. La he llamado, la he seguido... Demonios, incluso le he escrito mensajes y correos interminables... Y nada ha funcionado.

—Entonces piensa en algo más grande.

Elaine sacó discretamente una carta de su media.

Tom estaba demasiado deprimido como para llamarla tramposa.

—¿Más grande?

—Cuando te has repartido una mala mano, simplemente tienes que apilar

el mazo con algo más grande y mejor. Heriste sus sentimientos al no creer en ella. Ahora tienes que hacer algo grande, algo fuera de lugar, para mostrarle que te equivocaste. Da la casualidad de que he estado pensando en algunas cosas... Por ejemplo, ahí está tu columna... Quiero decir, en lugar de escribir sobre lo que está mal en el mundo, escribe sobre lo que está bien. Escribe sobre el amor.

—Elaine, ¿qué pensaría la gente si empezara a escribir sobre el amor? Escribo sobre temas polémicos e historias que significan algo. ¿Qué pensarán ellos?

Ella arrojó la baraja de cartas sobre la mesa y lo miró a los ojos.

—Pensarían que estás enamorado.

—Me verían como a un tonto.

—Se supone que debes parecer tonto cuando estás enamorado. Cuanto más tonto, más grande es el amor.

—¿Eso está escrito en alguna parte?

Ella rio.

—Tengo una idea que te haría ver como un tonto aún más grande. Si eres lo suficientemente valiente. Es algo que podría ser lo suficientemente grande como para hacer que Sam se siente y tome nota.

Verse como un tonto era algo que Tom tendía a evitar, pero él ya se veía tan tonto como podía ante los ojos de Sam. Y había descubierto que esos eran los únicos ojos que le importaban. Entonces, ¿y si el resto del mundo pensara que estaba loco? Pues si conseguía a Sam de vuelta, nada más importaba.

—Te escucho.

—Bien...

Dos horas después, Tom aún no podía creer que estuviera siguiendo el consejo de Elaine. Si Sam necesitaba que él hiciera el ridículo para demostrar su amor, entonces lo haría.

Respiró hondo y se enfrentó al director y la editora del Noticiero Saint Louis.

—Paul y Diane, han estado tratando de darle un giro más suave a las noticias aquí y, según las estadísticas, parece estar funcionando. ¿Y si tuviera una idea sobre algo nuevo e innovador? Algo que nadie más en el mercado ha hecho. Algo garantizado para llegar a su público objetivo, mujeres, y mantenerlas en sintonía.

—Te escuchamos —dijo Paul.

—Bien...

—Soy Dana Marcus desde el Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias también son importantes. Interrumpimos su programa para darles una noticia de última hora. —Se detuvo un momento y dijo—: ¿Tom?

La cámara se acercó a Tom Parker, quien estaba sentado detrás del mostrador de noticias.

—Soy Tom Parker. Usualmente, solo aparezco en el periódico, pero hoy les traigo una noticia. —Carraspeó—. Estoy enamorado. Si eres uno de mis lectores habituales, puedes sorprenderte. Así que voy a repetirlo: estoy enamorado. Ahí está. —Respiró hondo y trató de controlar su pulso acelerado—. Estoy locamente enamorado de la mismísima Sam Reynolds. Tan enamorado, de hecho, que quiero casarme con ella. El problema es que hice algo estúpido y ella no quiere hablarme. Por lo que tomé esta medida drástica para pedirle perdón. Sam, te amo. Lo siento. Dame otra oportunidad.

La cámara volvió a Dana.

—Los mantendremos informados sobre esta historia aquí en el Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias también son importantes y las cuestiones del corazón son más importantes aún.

El teléfono sonó una vez más. Había apagado el contestador automático la noche anterior. No quería hablar ni escuchar a nadie. Quienquiera que llamara era persistente.

Había estado tumbada en la cama, pensando en levantarse, pero sin ir más allá de pensarlo. O haciéndolo solo para ir al baño.

Odiaba admitirlo, pero estaba deprimida. Tom solía burlarse de ella por ver el vaso medio lleno. Bueno, pues en ese momento el vaso estaba totalmente vacío

El teléfono continuó sonando y Sam reunió la suficiente energía para contestar.

—¿Hola?

—Sam, ¿cómo pudiste ser tan cruel? —dijo una voz que sabía que debía reconocer pero que no pudo ubicar.

—¿Quién eres?

—Rita. Rita Gates, tu peluquera. Tuvimos que poner un televisor en el salón porque todo el mundo ha estado siguiendo la historia todo el día. Incluso la nueva chica, Merry, está enganchada. Era estúpido, pero, cariño, todos los hombres son estúpidos...

—Rita, ¿de qué estás hablando?

—¿Has encendido la televisión hoy?

—No.

—Enciéndela y pon el Noticiero Saint Louis. Ya verás. Luego ve a buscar a ese chico y arréglenlo.

Rita colgó.

Sam se levantó de la cama de un salto y encendió la televisión de su habitación. Lo que vio fue una telenovela. ¿Rita quería que viera una telenovela?

Se arrastró de vuelta a la cama, levantó las sábanas, cerró los ojos y escuchó el zumbido de voces. Una mujer discutió sobre a quién amaba

realmente Diego.

«A nadie», pensó Sam con amargura. Los hombres eran así. Te hacían pensar que les importabas y luego te rompían el corazón. Aunque por supuesto su corazón no estaba roto, en absoluto. Ella no estaba en la cama extrañando a Tom. Simplemente estaba...

—Y ahora es momento de una actualización de «Cásate conmigo, Sam», aquí en Noticiero Saint Louis, donde las buenas noticias son lo más importante para el corazón.

Sam se sentó y miró fijamente la pantalla del televisor.

La cámara se centró en Tom. Se veía un poco peor de lo que ella recordaba. Su rostro estaba apagado y parecía cansado. Comenzó a hablar sobre el juego de hockey y casi fue golpeado con un disco.

—Tal vez fue cuando me golpeó que comencé a enamorarme. Ella es una mujer que te cala de la forma menos esperada...

¿De qué mujer estaba hablando? Ciertamente no era de ella.

—Era tan cálida, tan generosa... Sam, si estás escuchando, lo siento. Llámame.

La cámara se volvió hacia Dana, quien dijo:

—Estén atentos a nuestra próxima actualización...

¿Qué estaba tramando Tom? ¿Por qué el noticiero pensaba que esa era una noticia?

Justo entonces sonó el timbre. Abrió la puerta un centímetro, dejando la cadena puesta, tratando de esconderse detrás de ella.

—¿Sí?

—Tienes que hacer algo, Sam —dijo su casero.

—¿Acerca de? —preguntó.

—¿Has mirado por tu ventana?

—No.

—Hay gente por ahí con carteles.

—¿Qué?

—Están diciendo cosas como «Sam, perdona a Tom y cástate con él». Están marchando por la calle y los residentes están empezando a quejarse. Tres de los manifestantes han tratado de llegar hasta aquí. Tuve que contratar a alguien para que vigilara la puerta. Este es un edificio tranquilo. Sabes que me agradas, pero eso no significa que vayamos a aguantar esto.

—Lo siento, Henry. No tenía ni idea. Todo es culpa de Tom.

—Bueno, tienes que hacer algo.

¿Qué podía hacer? ¡Sus padres! Estaban en la Florida y Florida estaba muy lejos de Saint Louis y Tom Parker.

—Haré algo. Saldré de la ciudad hasta que todo esto se apague. Me aseguraré de que todos sepan que me he ido, así te dejarán en paz. —Bombón se frotó contra su pierna—. ¿Alimentarás a Bombón mientras no esté?

—Sabes que ese gato me odia —se quejó Henry.

—Ya se ha reformado. Recuerda, la última vez ni siquiera se te acercó.

—No, solo maulló como si estuviera poseído. —El hombre se detuvo un momento y luego agregó—: Bien, lo haré, si te vas para terminar con esto.

—Así será.

Sam cerró la puerta y miró por la ventana. Había media docena de personas allí, tal como Henry había dicho. Sus dedos temblaron de furia cuando marcó el número de la oficina y le pasaron a Diane.

—Hola. Noticiero Saint Louis. Diane Cooper al teléfono.

—Diane, ¿qué demonios estás haciendo?

—Lo que estoy haciendo es usar uno de los trucos de marketing más inteligentes de mi carrera. Los teléfonos no dejan de sonar. Y el correo electrónico no para... Sam, te los reenviaré. Todos dicen que lo perdones.

—No los quiero y no lo quiero a él.

—Sam, nuestros televidentes ven esto como una verdadera historia romántica. Se están identificando. Hemos estado trabajando para hacer que este noticiero sea amigable para las mujeres. Tom se ha ganado el corazón de todas ellas. Vamos. Fue un error estúpido, Sam.

—¿También estás de su lado?

Sam no podía creerlo. Pensaba que Diane era su amiga y, sin embargo, había permitido que Tom se apoderara del noticiero y ahora la estaba presionando para que lo perdonará.

—Esto es un negocio. Nuestro *rating* está subiendo —dijo Diane, luego bajó la voz y añadió—: Pero eso no es todo. Como amiga te digo que pienses bien lo que haces, puede que él haya hecho algo estúpido, sin embargo es obvio que está arrepentido. Piensa con la cabeza fría y no dejes ir a un hombre que le ha demostrado a toda la ciudad que está loco por ti.

—No lo entiendes, si me quedo con él, vivir infeliz se convertiría en la norma. Es un pesimista, siempre dispuesto a creer lo peor. ¿Realmente crees que va a cambiar?

—Sí —dijo Diane. Había certeza en su tono—. ¿Lo has escuchado?

—Sólo la última actualización.

—Bueno, te has perdido mucho. Él contó que te rescató y que confundió tu apendicitis con un parto y contó que lo seguiste para una entrevista. Está siendo abierto y honesto. ¿Cómo puedes dudar de su sinceridad?

—Olvídalo. ¿Recuerdas cuando dije que necesitaba algunos días? Bueno, voy a tomarme más tiempo, me voy de la ciudad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diane.

—Quiero decir que voy a tomarme unas vacaciones en otro lugar. Hay personas marchando fuera de mi casa y el dueño del edificio se está quejando. Y ya he recibido una llamada de mi esteticista, gritándome. No pienso esperar más locuras. Me voy.

—Sam, estás siendo muy cabezota.

—Volveré a la oficina la próxima semana. Será mejor que Tom se haya ido para entonces. Adiós, Diane.

—Sam...

Sam colgó y de inmediato sonó el teléfono. Lo cogió sin siquiera pensarlo.

—¿Hola?

—Sam Reynolds, ¿en qué estás pensando?

Encima de todo ahora tenía que lidiar, con la tía Elaine.

—No voy a discutir de esto contigo, tía.

—No eres suficientemente vieja como para no poder cargarte en mi regazo, jovencita.

—Pagaría por verte hacer eso.

Bombón se acercó y ella lo acarició, reconfortada por su calor.

—¿Cuándo vas a sacar al niño de su miseria?

—Nunca. Me voy a Florida a visitar a mamá y papá. Tal vez incluso vaya a Disney...

—Sam...

—Adiós, tía Elaine. Te veré cuando llegue a casa.

—Eres más terca que una mula. Escúchame un s...

Sam colgó y antes de que el teléfono volviera a sonar, llamó a la aerolínea y compró un boleto a Orlando.

Tom se quedó mirando hacia la cámara. Estaba apagada, pero encendería pronto. Había estado seguro de que esa idea funcionaría. Sin embargo, el pesimismo empezaba a tocar a su puerta.

Recordó su primera cita. Se había burlado de ella cuando había

comentado acerca de una pareja en el restaurante...

—Se ven tan felices —había dicho sonriendo—. Ojalá tuviera mi cámara. Encontraría la forma de convertirlos en un segmento.

—¿Te parece que son una noticia? Eso solo sirve para demostrar mi punto, no eres una verdadera periodista.

—Son dos personas que han encontrado el amor. Eso es algo que debe ser honrado y aclamado.

—Creo que eres increíblemente ingenua. ¿Has mirado las estadísticas últimamente? El amor no dura.

Eso era lo que él había dicho entonces. ¿Pero ahora? Ahora creía que el amor podía ser para siempre. Si las dos personas involucradas eran correctas. Y él y Sam eran esas personas. Se complementaban entre sí. Se desafiaban.

Usualmente, escribía su columna en la computadora. Sin embargo, en ese momento agarró un pedazo de papel y comenzó a escribir una nueva columna. Una columna sobre el amor.

Sam se había ocultado tras una bufanda y unas enormes gafas de sol que cubrían su rostro casi por completo. Estaba esperando su vuelo mientras una televisión en la esquina sonaba a todo volumen en el canal del noticiero.

Maldita sea. Como si no hubiese más programas en la televisión. Tal vez tuviese la suerte de abordar el avión antes de que llegara otra actualización. Estaba pensando en eso justo cuando Dana apareció en la pantalla.

Sam simplemente no podía escapar de Tom.

Fijó la mirada en la pantalla y segundos después sintió un escalofrío en la espalda cuando miró los ojos del hombre que había vuelto su vida una locura.

—Sam, sé que estás ahí afuera —dijo él—. ¿Recuerdas cuando dijiste que mis columnas hablaban sobre mi heroísmo? Bueno, la próxima va a hablar sobre el amor. El amor verdadero. Como el tuyo y el mío.

Sam lo estudió mientras él continuaba y hablaba sobre el amor verdadero. Su cara era un desastre. Lucía demacrado, como si fuera víctima de una enfermedad terrible.

—Te amo. Cásate conmigo, Sam. Vuelve a traer esas gafas rosas... el vaso medio lleno...

Sam contuvo la respiración. Tom, el hombre que valoraba su privacidad, el hombre que juraba que no quería ser visto como un héroe, estaba en la televisión anunciando ante toda la ciudad que la amaba y que quería casarse con ella.

¿Qué demonios? Sacudió la cabeza al tiempo que fruncía el ceño.

¿Ella estaba sufriendo un lapso de pesimismo? ¿Acaso no era el amor de Tom lo que había querido? ¿Ahora huía de él? Se llevó las manos a la cabeza. Un montón de ideas se agolpaban y ya empezaba a sentir migraña.

¿Por qué huía de Tom?

Porque Tom la asustaba.

Más que eso, la aterrorizaba. Sus sentimientos eran tan fuertes que la abrumaban. Lo había acusado de buscar un pretexto para huir, pero realmente era ella quien lo estaba haciendo en ese momento.

Joder, ella también lo amaba.

Sam Reynolds no huía de la vida. Ella era una luchadora. Era optimista. Se puso de pie con seguridad.

Amaba a Tom Parker y definitivamente no iba a largarse a Florida. Regresaría corriendo al noticiero y aceptaría su propuesta de matrimonio, allí mismo, en televisión. Luego, si él intentaba retractarse, tendría pruebas suficientes para demandarlo por incumplimiento de contrato.

Se quitó la bufanda y las gafas mientras salía del aeropuerto, lista para tomar control de su futuro... Lista para aceptar al hombre que amaba, aunque fuera tonto de remate.

—Parker, quiero saber ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó Sam frente a las cámaras.

Iba a tener esa conversación con Tom justo allí y no le importaba si la ciudad entera los observaba. Quería que los vieran.

—Me estoy volviendo loco... He estado aquí todo el día tratando de demostrarte que soy diferente desde que entraste en mi vida. Yo, que nunca he hablado de sentimientos, estoy aquí escupiéndolos frente a toda la ciudad. ¿Qué estoy haciendo? Estoy tratando de decirte que te amo. Cometí muchos errores, pero amarte no fue uno de ellos. Escribí esto para ti...

Sam tomó el trozo de papel que él le ofreció.

—Parker y Reynolds. Somos un par. Como Romeo y Julieta. Como Eloísa y Abelardo. Como Sansón y Dalila. Como Tarzán y Jane...

¿Él la amaba? Lo había dicho al aire, pero sonaba mucho más dulce escucharlo en persona.

Sam sonrió y dijo:

—Parker, ¿no te enseñaron sobre la investigación? Romeo y Julieta murieron. Abelardo fue castrado y envió a Eloísa a un convento de monjas.

Sansón perdió su cabello por Dalila y, finalmente, su vida. Tarzán era un verdadero simio...

Tom tragó con dificultad.

—El punto es que todas esas parejas estaban conectadas para siempre. Al igual que Parker y Reynolds. Tom y Sam. Somos un equipo. Estamos destinados a estar juntos.

—Me acusaste de filtrar la historia del héroe. Te dije que no, pero no me creíste.

—Lo siento. Confío en ti. Por eso estoy aquí. Confiaba en que vinieras a salvarme de esto. —Sonrió—. Te tomó algo de tiempo, pero aquí estás.

—Nunca dije que viniera a salvarte.

—No lo ves, me has estado salvando desde el principio. Como cuando me salvaste de ser atropellado por un camión esa primera cita.

—Tampoco me creíste entonces.

Él ignoró su protesta.

—Y luego me salvaste de mí mismo. Me enseñaste a amar.

—Maldición, Parker. Eso no es justo.

—¿Justo? ¿Qué tiene que ver la imparcialidad? El amor no es justo. No llega cuando se espera. Simplemente, se acerca a ti y cambia todo tu mundo. Durante años no creí en nada, pero me enseñaste a confiar, a creer. Demonios, Sam, incluso ahora soy optimista. Sé que estás enojada, pero creo que lo superarás y te darás cuenta de que tú también me amas. Lo has demostrado.

—¿Cómo demonios probé que te amaba?

—No podría haberte lastimado tanto si no me quisieras. No estarías aquí ahora si no me quisieras.

—Crees que eres muy inteligente.

—No. Sé que lo soy.

—Está bien, tal vez ahora lo seas... —Miró a la cámara—. No puedo creerlo, pero estoy enamorada de ti, Parker...

Él metió la mano en su bolsillo y le tendió algo. A Sam le tomó un momento procesar lo que estaba sucediendo.

—¿Un anillo? —susurró.

Era una fina argolla de oro con pequeños rubíes incrustados.

—Sam Reynolds, ¿quieres casarte conmigo? ¿Me permitirás volver a tu siempre optimista mundo de La Señorita Positiva?

Ella se quedó clavada en el suelo, mirando del anillo a Tom y de Tom al anillo.

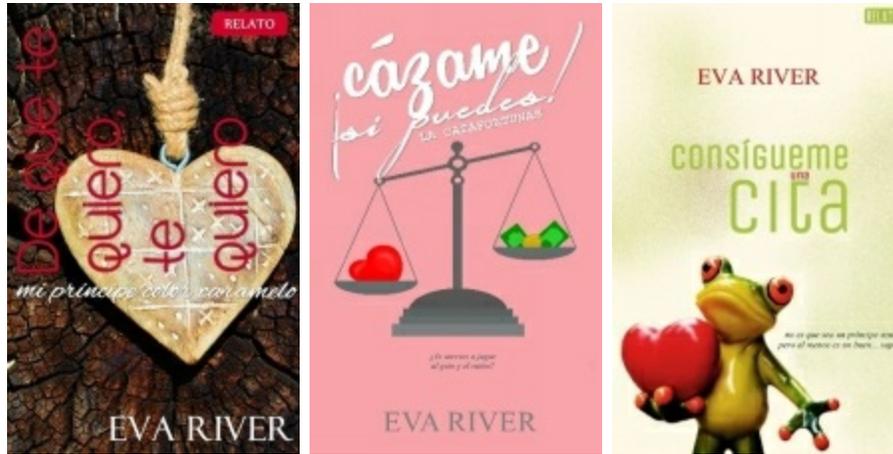
—Oh, Dios... Sí, acepto. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Solo porque necesitas algo positivo en tu vida que te enseñe que el mundo es un lugar hermoso de colores brillantes.

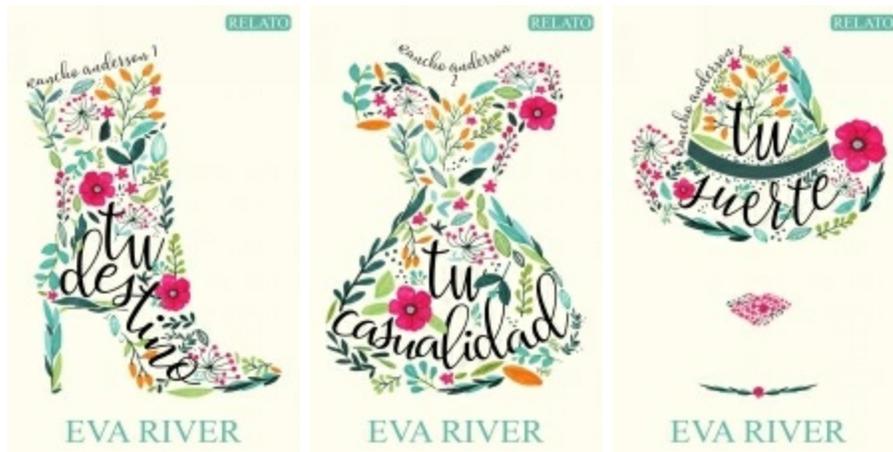
—Mientras estés cerca mi mundo siempre va a ser colorido. Te amo.

—Yo también te amo.

Contacto de la autora

Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo. Y si este libro te gustó, te invito a que le eches un vistazo a mis otras publicaciones disponibles en Amazon.





Y si no te quieres perder mis próximos lanzamientos no olvides seguirme en [Facebook](#) o escribirme a evriver@outlook.com.

Un abrazo enorme y un beso.

¡Gracias por leerme!

Eva River